
EL ATRAVESADO
ANDRES CAICEDO
LOCA
MANO

MATERNIDAD

A las vacaciones de Quinto de bachillerato salimos con un saldo de muertos. "Es una verdadera tragedia terminar un año marcado por el triunfo —la construcción de un nuevo pabellón deportivo, por ejemplo— con la desaparición de seis jóvenes que apenas despuntaban la que sería una brillante carrera", se lamentó el padre Rector, en el discurso de clausura. Pepito Torres hizo un viaje repentino a Bogotá (faltó a un examen final) y dicen que se vino a pié, devorando cuánto hongo mágico encontró a la vera del camino, y al llegar a Cali comenzó a dar escándalo público por la Sexta, lo agarraron dos policías sin avisar a sus papás, lo metieron en la radiopatrulla en donde murió como un perro, dándose contra las rejas, exhalando por boca y narices un polvito negro. Manolín Camacho y Alfredo Campos, los inseparables, se volaron del colegio y fueron a pasar un viernes de tarde deportiva en el Río Pance, hubo crecida, y a los dos días encontraron sus cuerpos "entrelazados", pero el periódico no explicaba cómo. Tiempo después un campesino encontraría, entre las raíces de un carbonero a la orilla del Río, una botella con un manuscrito de Alfredo, redactado compulsivamente: "Vemos cómo crece el Río. Es increíble. Es como si viniera a cobrar venganza por el pasado esplendoroso que le quitaron las modernas urbanizaciones. Pero ruge, recobra su poder. La idea se nos ha ocurrido a ambos. No seremos víctimas en vano. Mejorarán los tiempos. Cogidos de la mano caminamos hacia el Río". Yo nunca pensé que las cosas mejorarían así nomás. Un mes antes de exámenes finales Diego A. Castro (Castrico) salió con su hermano mayor, Julián, a La Bocana del Océano Pacífico. Les encantaba ese mar de agua, arena, cielo, selva y gentes negras. Ambos habían ganado medallas en intercolegiados, departamentales y nacionales de natación. No fueron a ninguna competencia internacional por el uso de las pepas. Así, podían nadar hasta la línea del horizonte, de allí alcanzar la línea que uno podría divisar si llegara al horizonte, y aún la otra. Pero no esa vez. A las pocas brazadas Julián le resopló que se sentía muy mal, que se devolvía. Castrico, abstraído en sus movimientos parejos sobre las cresticas de cada ola, le dijo que bueno, y siguió nadando. Al regresar, feliz de su inmensa travesía, lo encontró en la playa, muerto, con el pescuezo inflado. Nadie sabe cómo regresó Castrico a Cali, pero ya se le había atravesado la existencia. Comenzó a buscarle pelea a todo el mundo, en especial a los más amigos de su hermano. Cargó puñal. Viajaba al campo y allá peleaba con machete y ruana envuelta. Lo encerraron en el manicomio y se voló del manicomio reclamando la presencia de su madre. No era más que ella le tuviera al lado su frasco de pepas y Castrico se quedaba calmado, acariciando las flores, jugando con los gatos. Salía a la Sexta una vez cada dos meses, y yo lo veía parado solo, hablando incoherencias sobre todas las mujeres, sonriendo. En la última pepera salió despavorido a buscar pelea, pero murió antes de que se la dieran: quedó como clavado en el suelo, gritó que se le abría el suelo y cayó, muerto. Y van cinco. El sexto, Manolín Camacho, es el que más me duele. Mi compañero de pupitre. Solíamos caminar distraídos en los recreos, hablando de paisajes que nos imaginábamos en tres dimensiones de sólo mirar mapas. Nunca había probado ninguna droga, ni en las fiestas bebía. Sólo un sábado. Vaya a saber uno con quién se metió, quién lo invitó, por qué lo vieron recorriendo calles a la velocidad que iba, con la mirada desencajada, buscando qué, con la piel llena de huecos, insultando ancianas, pateando carros. Murió solo, en un baño cualquiera, esforzándose por vomitar lo que seguro se había tragado inocentemente y ahora le cercenaba el coxis, la próstata, el cerebelo. Le dieron una mezcla de analgésico para caballos y líquido de freno para aviones. "Es una lástima, una serie así de muertes sin ningún, sin ningún sentido", decía el padre Rector. Y yo, agarrado a mi asiento, con una rabia inmensa, sabía que sentido había. Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo, pero yo no iba a llevar del bulto. "Haré mi afirmación de vida", pensaba, y no sonreí ni una sóla de las seis veces que me llamaron para recibir diplomas de Matemáticas, Historia, Religión, Inglés, Geografía y Excelencia. Miraba a ese público compuesto por curas, alumnos y padres de familia, y recibía los aplausos con apretón de dientes. "Haré mi afirmación de vida".

"Que te pasaba? ", me decían los compañeros, luego. "Como si no te gustara el éxito", y yo, a todos, silencio. Y me negué a ir a la fiesta de fin de curso que organizaba Mauricio Gamboa. A mi casa llegué en el carro de mis padres, entre sus cuerpos blandos. Ya me habían felicitado por tanto triunfo, y no se habló de más en el camino. Yo no me aburrí, pues llovió y me distraje imaginando que las gotas en el parabrisas eran gente, personitas con hombros y cabezas bien formadas, y venían las plumillas y chas ¡ ¡, las barrían dejando minúsculas porciones de la primera gota, irrecuperable para siempre.

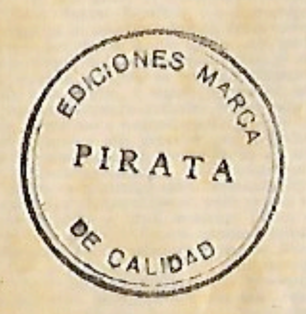
Esa noche soñé con un viaje en tren por entre campos de mangos y trigo, y una muchacha rubia se me acercaba y nos volvíamos uno solo en la alborozada contemplación de esa feliz naturaleza. Luego el tren se metió a un túnel muy negro y desperté, demorándome en identificar como miedo o gozo el sentimiento con que empezaba ese nuevo día.

Antes de almuerzo me llamó el mismo Mauricio a comunicarme qué en la fiesta de anoche una pelada, Patricia Simón, se había pegado la gran desilusionada ante mi ausencia, que era la mejor alumna de Quinto del Sagrado Corazón y que quería, que se moría por conocerme. Yo le pregunté que entonces cómo. El me indicó que en otra fiesta, esa misma noche. Yo accedí.

Al llegar, no ví más que caras pálidas, poca amistosidad, puertas cerradas, prevención, horrible humo. Muy poca gente bailaba la música Rock que yo jamás aprendí y que hace medio año ponía frenético a todo el mundo. Me alegró ver que los invitados se recostaban en las paredes y nada más oían, con el ánimo ido. Yo me paré en toda la mitad de la pista para no dar aires de vencido, hasta que del fondo, de bien al fondo de esa casa vino a mi una muchacha vestida de rosado y rubia, y haciendo mágico todo el trayecto hacia mí mientras sonreía. Se presentó: "Patricia Simón", muy tímida me dio la mano, yó se la apreté exageradamente para intimidarla aún más. "Eres muy inteligente", fue lo primero que me dijo cuando la conduje al patio, puesto que con el volumen de la música no podía oír sus lánguidas palabras de alabanza y devoción por mis conocimientos del Imperio Romano, de la Cordillera Occidental Colombiana, del Misterio de la Transubstanciación. Se respiraba mejor en ese patio acosado por el color azul de la noche que perdía a cuántos jóvenes más allá de nosotros, acorralando —lo supe— a los que buscaban refugio en esa casa. Yo me sentí libre de la noche, de su muerte, superior a su extravío. Con mucha cautela le comenté a Patricia mis temores sobre la feroz época, y ella, como si fuera su forma peculiar de explicarme que los compartía, me relató un sueño. Soñó que alguien muy amado le regalaba un pastel de fresas —su bocado predilecto— y al irlo a morder no había fresas sino guilletes, alfileres, etc., que se le incrustaron en las encías y le reemplazaron los dientes, de tal manera que quedó con alfileres en lugar de dientes. "Extraño", pensé, mirándola, pues sus dientes eran grandes, muy sanos, de encías duras. Ella alzaba la cabeza para mirar a mí o al cielo. Era pequeña, pero fuerte, de buenas espaldas y caderas, ojos azules y largas cejas. "Buena raza", pensé, y luego: "Edelrasse", observando que tendría mínimo cuatro dedos de frente, rosada de piel. Resolví: "Le haré un hijo a esta mujer".

EL ATRAVESADO

Andrés Caicedo



CON EL OTRO EJEMPLAR
HACÉ LO QUE QUERÁS,
VENDELO EN $30 Y
TE BEBES 6 CERVEZAS
EN MI NOMBRE.

ANDRES CAICEDO.
CALI-Sept. 29- 1975.

A
Clarisol Lemos
Guillermo Lemos
y Carlos Tofiño

Naturalmente, en esa época todos estábamos locos por Anthony Burgess y Marito Vargas Llosa

El verano ya está aquí
el tiempo para pelear en las calles es correcto

M. Jagger / K. Richard
"Street Fighting Man"

A mí el primero que me enseñó a peliar fué mi amigo Edgar Piedraíta, que fué el que fundó con su novia Rebeca la "Tropa Brava". Fué el que me enseñó a usar la derecha, bien pueda tóquela. Ahora toque la izquierda, qué diferencia, no? Claro que antes de que Edgar me enseñara yo ya me daba con los de mi clase, en Tercero en el Pilar. Mejor dicho me daba con todos, y a todos les daba. Con todos, con Pirela, con Franco, con Rizo, con todos me dí a la salida, y todos se dieron cuenta, tarde o temprano, que conmigo no había caso. A Rizo sí que le dí bien duro, porque me había sapiado. Y no sólo a mí, a todo el mundo. Sapo y lambón, cuando don Benito entraba a dar clase de Inglés, Rizo se le hacía bien cerquita y le sonreía, claro don Benito, que si se le caía la tiza él se la recogía, que si había que escribir en el tablero él escribía con esa letra que tenía, que seguro había cogido un Método Palmer y se había puesto a copiar la letra o yo no sé, en todo caso nunca he visto a nadie con una letra así de parejita. Y don Benito que le decía qué buena letra la que tiene usted, míster Rizo.

Me acuerdo que en diciembre le inventamos a don Benito un villancico:

Aí viene Benito / cargado diolores / y los muchachitos / le gritan pecueco / yo le voy a dar / un pote'Mexana / pa que se lo unte / todas las mañanas.

Con la música de "Dulce Jesús Mío".

Allá viene, cuando cruce la puerta se lo cantamos, pero todos, así no puedé castigar a nadie. Que nos pueden expulsar. Qué nos van a expulsar, van a expulsarnos a todos o qué? Por eso es que todo el mundo tiene que cantar, para que no puedan hacernos nada, la unidad hace la fuerza.

Don Benito tenía ese día la pecueca peor que nunca. Se la sentimos mucho antes de que cruzara la puerta, ese olor rancio y días de mucho sol, dulce. Aí viene Benito / cargado diolores ... Sólo cantamos dos: Pirela y yo, los dos únicos machos de la clase.

Don Benito abrió los ojos y se puso rojo y cerró la boca, después la abrió y dijo Rizo vaya preséntese in-me-dia-ta-men-te a la Rectoría, conmigo nadie juega. Fué Pirela don Benito. No me sapió a mí porque le dió mucho más miedo. Cogieron a Pirela y casi que lo expulsan, si no es porque vienen el papá y la mamá que le lloraban al Rector, me acuerdo de eso, lo expulsan. De todos modos le fué mal: lo suspendieron 15 días. Apenas sapió Rizo yo fuí y me le acerqué y le dije me esperás a la salida, sapo. Voltió y me dijo yooo? Por qué? Le dí en la jeta pero pasito, para que no viera don Benito, para que viera toda la clase, y todo el mundo se quedara a la salida a ver cómo le daba.

A Rizo le dí durísimo pero no lo seguí achilando, sólo una o dos veces, cuando no se le quitaba la costumbre de sapiar. A mí no me gusta achilar a los que ya les he dado. Sólo a veces. A Pirela, por ejemplo, que fué al primero que le dí en Tercero, el día que empezamos clases,

pues el man era macho y me estuvo bataniando toda la mañana. Pero le dí, y luego lo achilé una sóla vez. Y luego quedamos de amigos. A Franco tampoco lo seguí achilando porque no se volvió a meter nunca más conmigo. Sólo que en un partido contra Cuarto se puso a gritarme, y yo me le paré y el hombre no dijo nada, me tenía miedo. Pero no me gritó por nada: fué que yo nunca jugué bien fútbol, me esforzaba pero nada. Y aún así en las elecciones me eligieron capitán, y yo les dije que íbamos a quedar campeones en el interclases, pero mentiras, nos eliminaron al tercer partido.

A uno que sí achilé bastante tiempo después de que le dí fué a Omar el crespo, que me dió dos buenos derechazos, y uno con la rodilla que casi me deja grogui, pero yo lo pude echar al suelo, me acuerdo de su cara, y me le monté encima, y le doy qué mano de golpes. Allí fué cuando se me comenzó a endurecer ésto, tocá y verás, era que le daba en la frente y en los ojos, me gustaba tirar a los ojos por la facilidad con que se ponen morados, y en la boca, la boca ya vuelta una miseria y yo todavía con rabia, te vas a volver a meter con mi mamá? Pero él no contestaba, cerraba los ojos y yo déle, lo va a matar, gritaban, quién lo quita. Cuando me quitaron como entre ocho yo me puse a llorar, se metió con mi mamá, a quién le va a gustar, con mi mamá sí zona, y me tiraba a llorar al pasto y decían pobre, debe tener a la mamá viejita o enferma.

A Omar el crespo lo pararon y todavía quería seguir peliando, yo le dije querés más? Déjenmelo. Dejá que ya te dieron, le decían, mirá cómo tenés esa cara, vámonos, caminá. Sí, mirá cómo

te he dejado la cara, y me le reí en la cara. Y el hombre me tiró y casisito me dá, pero yo por esa época era ya muy ágil de tanto gorro que cumplía, y le hice un quite full y el hombre fué a dar a una chamba. Y allí fué cuando lloró, me acuerdo. Y cuando lo vieron llorando comenzaron a ponerse bravos conmigo, por qué no lo dejás tranquilo. No vieron que el que me tiró fué él? Conmigo zona. Alguien fué que dijo con ése nadie puede? Nos jodimos? Hay que hacerse amigo de él, con ése nadie puede? Fué Gutiérrez, el Cholo Prado, Gomecito, Pirela, Varela, Arracacho, Mediometro? No sé mano, todo el mundo hablaba, limpiaban a Omar el crespo, no pude ver quién fué el que dijo eso. Después todo el mundo se pisó para la casa, a perderse que como que allá viene el Rector con policía. Yo dije déjenlos que vengan, que aquí hay por lo menos un macho que los recibe, uno nomás? Pero como que nadie me oyó, nadie me vió, nadie dijo nada, unos salieron corriendo, otros se llevaban a Omar el crespo con cuidado, que cojeaba pero sin quejarse. Yo me quedé allí un rato viéndolos hasta que llegaban a la Sexta y se perdían. Me limpié la ropa, que estaba vuelta nada. Antes de perderme ví una pelada que me miraba desde un balcón del frente, seguro había visto toda la pelea y sabía que yo había ganado, y seguro se preguntaba que entonces por qué era que me dejaban solo.

Al caminar me dolían las piernas. Tenía medio dislocada la quijada, todavía la tengo. Mi mamá me bañó con un trapito de agua caliente y me dió agua de panela para que yo durmiera y no tuviera pesadillas ni nada de eso.

A Omar el crespo sí lo achilé como tres veces más, porque era macho y me había dado sus golpes, para que aprendiera, pero no me respondió nunca.

Entonces ya le daba a toda la clase, aunque con muchos nunca llegué a peliar, para qué, no se podía, casi todos eran niñitas, miedosas y calladas, esa promoción que llegó a mitad de año del San Juan Berchmans.

A Edgar Piedraíta lo conocí una tarde por San Fernando. Yo pasaba por el parque de la 26, y allí estaba la "Tropa Brava". Yo ya sabía que existían, pero nunca los había visto en la vida real. En ese tiempo eran como 50, después serían más, cuando dieron Rebelde sin causa. Se reunían como de dos de la tarde a bataniar gente, no le perdonaban a nadie, no importa que uno no les hiciera mala cara, que uno ni siquiera los mirara, devolvéte, ay como camina la niña, y el hombre mirando nomás y viendo semejante gallada qué iba a decir nada, no te vas a devolver o qué? De vez en cuando lo alcanzaban, lo cogían y lo traían, por qué era que no te devolvías, te daba miedo? Lo peor que le podía pasar a uno era pasar por allí con su pelada, mamita para dónde vas con ese tonto, qué, te vas a cabriar o qué. Después cualquier vulgaridad, y ella pensaba: a mí por qué me humillan. Hubo algunos que se devolvieron, pero después la pelada lo tenía que recoger del suelo, pa que se meta con nosotros, dígale pelada que con la "Tropa Brava" sí nadie se mete, pa que aprenda.

Yo venía de donde mi tía Esther y tal, cuando paso por el parque y adioos, pa dónde vas pelado. Yo me paré y le dije a vos qué te importa, que era grande el hombre y cuajado y todo pero a mí no me

dió miedo, y además que como yo era más chicorio lo más seguro era que no me dieran, pero zuasi, el hombre me dió en la jeta sin dejarme ni siquiera cuadrar. Es verdad que uno vé estrellas, pero sólo un instante en un inmenso fondo negro. Yo me paré y me le fuí gritando y le alcancé a poner sus dos patadas. Culicagado alzado y zuasi otro golpe en la jeta, y ahora sangre y más estrellas. De colores. Y de pronto un cansancio en todo el cuerpo, querés más? Ya, dejálo ya, dijo alguien, cómo que dejálo, no ves que se me alzó? Pero dejálo que es mucho más chicorio mano, que lo dejés pues, entendés o no? Era un man de camiseta negra y el escudo de la barra: un puño bien tieso y abajito en letras grandes TROPA BRAVA. Sólo 5 ó 6 tenían esa camiseta, debían ser los jefes fundadores. A ver pelado párese. Y ya me iba a ayudar a levantarme y todo, pero yo me paré solo. No siá tan bravero con la gente que es más grande que usted, pelado, estuvo bueno que lo hayan taponiado pa que aprenda, vos estudiás o qué? Yo le dije que sí, en el Pilar, en Tercero. Y allá peliás mucho o qué?, me preguntó. A toda la clase le doy, le dije, y todos se rieron, está bueno para que entre a la barra no? Estás muy bueno pelado, la mascotica. Eran un montononón, y todos me miraban como con cariño, te vas ya? Sí, me voy a almorzar hermanos lobos (En esa época lo que se usaba era el hermano lobo, después quedó en hermanolo y después en hermano, y ahora todo el mundo dice es mano), y además mi mamá está sola, aquí volvieron a reírse todos, qué les pasa? Mucha risa o qué? Nada pelado, no te vas a volver a enojar ahora, no nos vas a pegar, qué peligro. Yo me reí también, bueno chau, chau pelado, me dijo el que me acababa de dar, te dí muy duro o qué? Qué va (la cara apretada, ojos de serio), más duro me dan a cada rato. Ja Ja todos

otra vez, era que les gustaba verme, yo me llamo Edgar Piedraíta, pelado, y soy el jefe fundador de esta gallada, yo me la paso aquí, cuando querás volvé, que si querés te enseño unas paradas legales, pa que le des a todo tu colegio. Verdad?, le dije. Verdad, me dijo. Bien, entonces por aquí vuelvo.

Mi mamá me regañó porque había llegado tarde, pero yo le pedí perdón. Entonces me bañó el ojo izquierdo con el trapito de agua caliente, y yo me le acerqué mucho y le dí un montón de besos en la cara y le acaricié el pelo, le dije que olía rico, ella alzó los ojos y yo en aquellos tiempos me perdía en sus ojos, no era sino mirarlos y me iba en barco, viento a favor, alguna canción de por allá anunciando mis hazañas, mi mamá que me aprieta la mano y cierra los ojos para que yo no me vaya tanto, mete la nariz en mi oreja derecha, en mi oreja izquierda, y luego me dice cosas, la canción ésa que yo escucho añorando sus ojos, el sol en el poniente.

A los dos días yo volví al parque, y la "Tropa Brava" estaba en las mismas. Edgar me vió y me dijo quiubo, viniste no pelado? Y me presentó a Rebeca, su novia, la famosa Rebeca, con la que fundó la "Tropa Brava".

Yo seguí de amigo de Edgar mucho tiempo. Aprendí muchas cosas a su lado, a usar la derecha, ya tocaste mi derecha?, a soltármele al man cuando me tuviera cogido por la espalda, a usar la pata de media vuelta y de chalaca, a retretar sin darle tiempo, de una, y sobre todo, me decía Edgar, a dar el primer tote. El que dá el primer tote y no gana es porque es un pendejo o porque está muy de malas.

Eran tiempos muy distintos a éstos. Cuando estrenaron Al compás del reloj, con Billy Haley y sus Cometas, y que fué tanta gallada al teatro, que era que estaban to-

das las que existían: los "Rojos", los "Humo en los Ojos" los "Aguilas Negras", los "Fosas en el Péndulo", los "Anclas", y sobre todo nosotros, y todos con uniformes confeccionados por la mamá del Jirafa, uno alto, flaco y peligroso. Según lo que Edgar me contó, la mamá del Jirafa le hizo las camisetas a la "Tropa Brava", que fué la primera gallada que se organizó en Cali, creyendo que serían para un equipo de fútbol o algo así, y que les dijeran a sus amigos que ella era la confeccionadora, para ganar clientela, no? Y a los pocos días ya doña Gabriela era famosa, hacía plata confeccionándole el uniforme a cuanta gallada había, a cuanta gallada se formaba, era cuando las cosas se empezaban a poner calientes con todo el cine que uno veía, bueno y malo, pero tanto cine, cuando se redactaban estatutos y todo eso. Y que lo primero tenaz que hubo fué cuando la "Tropa Brava" se dió con los "Black Stars", una gallada nueva y tiesa, pa ver quién se quedaba con el parque de la 26, y que el Jirafa dejó medio muerto a un mancito alzado que como que era el subjefe de los "Black Stars", y el que concretó la pelea. Y al otro día sus papás estaban buscando en carro al Jirafa para pegarle un tiro, pero su mamá sacó la cara por él y no se lo pegaron, aunque después cerró la puerta de su casa y no volvió a coser nunca más en su vida, y con la plata que había ahorrado mandó al Jirafa a Nueva York, donde estaba camellando su papá; qué camellando, decía el Jirafa en su primera carta, lo que está es tirado al dancing. Los dos juntos viajaron de Nueva York a San Francisco, y que había galladas que no batían a pie sino en moto. Edgar le contestaba contándole todo lo que sucedía en Cali, contándole seguro que se habían dado con unos mancitos del Norte y que habían tenido que salir los papás a defenderlos, y que la gallada ya se estaba haciendo conocer, y que a él personalmente

le tenían su respetico. Parece que no se volvió a saber nada más del Jirafa, como que se casó con una pelada cubana y se quedó trabajando en Sears. Yo no sabía que en U.S.A también había almacenes Sears.

Bueno, como le iba diciendo, el día que dieron Al compás del reloj ellos se pusieron a bailar a la entrada con sus peladas, y yo los veía y me gustaba, y todos los otros manes los veían y se aguantaban, porque quién iba a decir algo, quién. Yo todavía estaba muy pelado como para lanzarme a bailar, pero ya me detallaba los pasos de ese ritmo enloquecedor, a la que más miraba era a la famosa Rebeca mano, que bailaba con Edgar pero me miraba y tal , y yo me hacía el disimulado para que Edgar no la pillara y seguro fuera a pensar mal, era que se pasaba a Rebeca por los hombros, por entre las piernas, ese ritmo enloquecedor, no hubo nunca nadie que bailara como Edgar y Rebeca, y la gente de la "Tropa Brava" era que les hacía la rueda y los coreaba para darles ánimos, para que se lucieran más, muchachos queridos, si me hace otros ojitos de esos yo sí se los contesto, Rebeca, por esta cruz, y ella ya sudando, y le pasaban un pañuelo y ella no hacía caso, quién con ese ritmo.

A qué hora es que van a abrir el teatro.
Que si no lo abren lo tumbamos.
Que le suban a ese radio, decía Edgar dando saltos ese ritmo, que le suban.
Que no da pa más.
Que comprále pilas.
Que están nuevas, no ves o qué.
Yo no veo, yo oigo.
Conseguíte una radiola, entonces.
Nada de peleas, muchachos.

Era que había que ponerse moscas con los "Rojos", que estaban recién fundados y tenían cara como de querer pelea, que si había manoplas, que pa qué manoplas si yo con esta derecha tengo.

Que sin buscar bronca porque nos quedamos sin ver la cinta.

Que se pongan de este lado a los que les gusta más la pelea, y de este otro a los que les gusta más el cine

Que no jodan.

Que si van a abrir el teatro con tanta gente?

Qué horas son?

No llamarán a la policía?

Por qué van a llamar a la policía, más bien decíle a ese man que baile como hombre.

Quién fué el que habló.

Que le digás que baile como hombre, que yo fuí el q hablé y qué pasa fué que no te gustó o qué.

Prac, tote en la jeta pa que aprendiera a responder al Mico que siempre fué templado.

Se armó. Que a Edgar se le fueron y a Rebeca le querían caer encima, pero con golpe de pata puso fuera a dos, que a ella también Edgar le había enseñado a defenderse.

Entonces sonó aquella sirena, la policía?

No, después de la sirena salió un gringo gordito del teatro y dijo muchachos qué es lo que pasa, ahora no m vais a dañar el teatro, eh? Calmaos, calmaos y compr las boletas, que pronto abriremos las puertas para que podáis ver la fabulosa película Al compás del reloj, aq nadie os ha obligado, la gente responde según la calidad sí o no? Cuento entonces con vuestra amable coopera - ción?

Todo el mundo alzó las manos y dijo sí, que tenía razón, que había que hacer cola para ver a Billy Haley Y yo no era que estuviera muy contento porque no hubo

elea, pero ni modo mano, también me gustaba el cine. los muchachos iban y hablaban con los enemigos. pretaban la boca y la mirada, no los empujaban como ara no armar pelotera ahora, pero vos y yo nos volve - nos a encontrar, la tenemos casada. Y les respondían uando querás, donde querás y como querás.

En esa época dieron también muchas de Elvis. Y Rebelde sin causa, que fué allí cuando se armó.

Que todo el mundo salió fué loquito de la cinta, y haía una nueva gallada que se llamaba "Los Intrépidos", le camiseta verde y una calavera bordada, confeccionada or quién, no sé. Que para hacerle ver a todo el mundo que existían y que eran tiesos, se pusieron a darse to - es con los "Black Stars", a la salida en el hall. Y fué le viveza que la hicieron porque ya los "Black Stars" estaban desmoralizados, ya no eran los de antes mano, duro sí les dieron. De repente, yo no sé de donde fué que sacaron tocadiscos y amplificadores, y hablaron por un micrófono, dijeron que nadie podía salir, que todo el mundo lo que tenía que hacer era ponerse a darle al ritmo, y que los que no sabían qué hacían? Mala suerte, dijeron "Los Intrépidos", pues entonces aprenden porque de aquí nadie sale, y se quedan pero es bailando. Y así fué, todo el mundo se tiró al ruedo, y hasta Edgar estaba contento, tienen imaginación esos muchachos. Con tal que no se metan con nosotros, decía alguien. No se meten, decía Edgar, están apenas empezando.

Pero quitaron un disco por la mitad. Sonó raro, y la gente protestó. Un mancito cuajado y mal encarado subió al micrófono y cuando se puso a mover las manos todo el mundo se calló, que además de callarse escucharan, y el mancito dijo lo siguiente: "Señoras y señores. Es para nosotros un placer comunicarles que hemos fundado la barra "Los Intrépidos" y les comunicamos lo

presente como pa que todo el mundo se vaya dando cuenta que somos todos los que ustedes ven aquí a mi lado, bien puedan cuéntenlos, y que somos la gallada más tiesa que hay en Cali, y para que sepan también que el que les habla es el man más tieso que hay en Cali, como ya lo he probado patiando blackestares y como lo seguiré probando. Avisamos a los distinguidos asistentes que todo el que quiera ingresar a esta gallada deberá plegarse a todas las de la ley, es decir, pasará por un examen de admisión. Las inscripciones están abiertas desde este momento, favor hablarse con Manuel García, Pistolo, o con Felipe Rebolledo, Peligro, secretarios de mi persona, Richi Machedo para servirles. Y a todo mancito que no le guste diá mucho lo que acabo de decir, aquí estoy yo con mi gallada pa atenderles todo lo que quieran. Gracias".

Ese fué el día en el que la "Tropa Brava" se hizo inmortal. No era pa menos: marchar en orden, con los puños apretados, Edgar de primero. Acabar con ellos antes de que sonaran las sirenas y llegara la policía.

Al tal Richi Machedo yo no lo ví por ninguna parte. Edgar me dijo que al primer tote que le dió lo dejó seco. Estaba loco, decía la gente, atreverse a semejante reto. Ahora todo el mundo nos conoce, decía Rebeca. Antes de que llegara la policía Edgar se prendió del micrófono y dijo lo siguiente: "Estimado público. Como ustedes acaban de apreciar, hemos actuado. Y si todavía hay por allí alguno que no lo sepa, somos la barra la "Tropa Brava", y somos una gallada con fines sociales y aventureros, y nadie nos pone la pata en Cali. Pueden pedir informes al teléfono 51454, preguntando por Rebeca Balboa, mi pelada, aquí presente. Mi nombre es Edgar Piedraíta, jefe fundador, para servirles. Y que desde ahora se hará todo lo posible para

que sigan dando cine según nuestro gusto, que exigente es. Palabra de la "Tropa Brava" es hecho cumplido".

Hecho. Ese mismo mes dieron Los jóvenes salvajes con Burt Lancaster, y El estigma del arroyo (cuál es - tigma, monedas escondidas en el arroyo?), que me la ví seis veces, era de que el tipo era primero un man arrebatado y después boxeador famoso, allí fué que aprendí a hacer el remate de derecha con toquecito de izquierda sin fallar tiro.

Ahora, mire, yo sé que quién se va a olvidar de Wes Side Story, de Rebelde sin causa, pero a mí no me gusta ver a esos muchachos viviendo en el pasado, hay un grupito como de seis, claro que tampoco me pongo a batirlos ni a decirles nada, es que se sienten mejor con su tristeza, y yo los veo tratando de hacer aún la paradita esa con la navaja que le hacían a James Dean el primer día de clases: mandarla de una mano a la otra en mitad de la pelea. Y accidentes ocurren todavía.

Aquí todo el mundo sabe que la Guardia Civil, es decir los ricos del Norte, mataron a la Tropa Brava. Yo no tengo por qué ponerme a contarle lo que todo el mundo sabe, pero es que yo era amigo de Edgar y sé como sucedieron las cosas. Yo ya estaba en Quinto. Seguía en el Pilar, y me gustaban las Ciencias y la Historia, y ya casi no iba al parque de la 26 y me veía con los muchachos muy de vez en cuando, yo siempre he sido un poco egoísta y andar con la gente me cansa a la larga, para qué lo voy a negar. La otra vez llegó un man de Bogotá y les dijo: a ustedes les gusta la pelea? Entonces tómense una de éstas y verán lo que es peliar chévere, una no, tres. Pepas rojas me acuerdo, y después Edgar que me decía que era lo último peliar con esas pepas que no se fallaba tote, y Rebeca que se ponía triste.

En la clase me decían qué hubo de la "Tropa Brava",

y yo les decía que era amigo del jefe pero que no pertenecía a la barra.

Por esos días fué que mataron al Mico y a Mejía, y los periódicos hablaban ya de delincuentes juveniles, que no jodieran, pensaba yo, que se metieran a cine y que buscaran allá a los delincuentes juveniles, estas cosas no existen en Colombia.

Bueno mano, fué que un día resolvieron instalarse en el parqueadero de Sears, almacén de gringos. Cuestión de invadir el Norte, me dijo Edgar, ¡peligroso y todo pero paga. Y se fueron todos para Sears, y de pendejos, com para que no viniera a joderlos la policía, fueron a conversar las cosas con el gerente, Edgar, Rebeca y el Fenomenal Fino, que estaba de subjefe. Edgar me lo contó todo: el gerente era un señor bajito, gordito (medio gringo?), de bigotico, de apellido Urrea, que les dijo a ver a la orden. Buenos días señor, le dijo Edgar, yo me llamo Edgar Piedraíta, aquí la señorita Rebeca Balboa, mi novia, y el señor Enrique Burgos Fino, mucho gusto, somos la junta directiva de la barra "Tropa Brava", agrupación juvenil de sesenta y nueve miembros que hemos fundado con fines sobre todo sociales, yo no sé si usted ha oído hablar de nosotros, seguro que sí ha oído. Le venimos a decir que no se asuste que nosotros no vamos a hacerle nada a su almacén, señor Urrea, sólo que hemos designado el parqueadero de al lado como cuartel general, y allí nos vamos a reunir a partir del día de hoy. Aquí el señor Urrea sin decirles nada cogió el teléfono y de mucha frescura dijo aló? Comuníqueme con la policía. Oiga señor, comuasí, le dijo el Fino, por qué va a llamar a la policía si nosotros no hemos venido a hacerle nada malo, ningún bataneo, cómo se le ocurre. Aló señorita, comuníqueme con la policía, seguía diciendo el señor Urrea, hasta que Edgar dijo no hay caso, y le mandó la mano al cable del teléfono. Eso de arrancar el cable de un teléfono no es

ualquier guevonada, me contó Edgar, como uno vé que acen los tipos en las películas, pero con un poco de fuerza, eso sí, el cable sale de una.

Alto señor quiace usted no siá patán llamen a la policía. Edgar se le fué y lo tumbó contra su escritorio, señor Urrea, y se fueron de allí corriendo. Salieron a toda, y el señor Urrea a lo mejor se arreglaba el nudo de a corbata mientras gritaba cójanlos, animal que debía ser el señor Urrea. Porque fué que salieron como seis manes cogerlos, el último que se lanzó fué el mancito ése del udífono, el que se la pasa viendo a ver a quién es que coje robando todavía, a mí no me ponés la mano encima, ensó Edgar, y le dió su guamazo para que no jodiera.

Pero a todas ésas al Fino lo tenían dominado cuatro mpleados de corbata. Fué Rebeca la que gritó: "Qué hubo con la Tropai?", quién iba a pensar que ése se volvería el grito de batalla, porque ni siquiera había terminado de gritar Tropa cuando oímos a los muchachos que entraban en tropel a defendernos, no se cansaba de contarme Edgar, que qué era lo que pasaba, decía el señor Urrea, que nos están asaltando, señor Urrea! Que qué pasa que no llaman a la policía, alguien que toque la sirena, alarma general. Y había que ver lo que era, me decía Edgar con lágrimas en los ojos, ver a los muchachos superar en número a todo el mundo, acorralar a los empleados contra la pared y darles duro, tirarlos encima de los estantes de cosméticos, productos Max Factor, Helena Rubinstein, Perlísima de Lantíc. No dejar que tocaran la sirena. Después fué que todos los empleaditos veían eso y no perdían tiempo, sobre todo las hembras, echarle mano a los zapatos, juguetes para sus niños, libros, camisas, balones, relojes, colores Prismacolor, vajillas, lámparas, alfombras, cortes, estéreos cojan los vestidos que quieran peladas, discos, cuánto era que cobraban por este libro? y por esta navaja?, y carpas, ollas, medias, co-

rreas, camas, sillas, pañuelos, estufas, neveras, pero afánenle que ya la gente está dando mucho detalle, era que ya estaba lleno, era que ya el pópulo se estaba viniendo desde el Centro, desde el Sur, que se vengan, que cascaran al del audífono, que cascaran al señor Urrea, que les dieran, que escribieran TROPA BRAVA bien grande en las paredes pa que recuerden, pa que esta ciudad se acuerde de nosotros después de muertos, y las muchachas ponían letreros con los coloretes, y Rebeca estaba feliz, me contaba Edgar, Rebeca linda, fresca, ese día le descubrió 3 pecas, feliz por todo lo que hacía la gallada más famosa del mundo, cuándo se ha visto algo parecido? vamos a encerrarlos para irnos, camine carajo señor Urrea, que todo el mundo cargue con lo que necesite y que se pise.

Claro, la ley tenía que hacer algo al respecto. Pero no oficialmente. Tenía que ser la ciudadanía decente la que se encargara del asunto. Fué un sábado 7 de diciembre. La gente ha debido sospechar que sucedería. La Guardia Civil no había intervenido para nada en la tirada de bombas de agua que los mancitos del Norte organizan cada 7 de diciembre. Les habían metido una ó dos radiopatrullas para tenerlos contentos, para hacerlos creer tiesos, y encanaban a algunos como para despistar, pues a las 2 horas los soltaban. Aquí todo el mundo sabe que son más de 200 los de la Guardia Civil, que están bien armados, que cada día se arman mejor, que andan en jeeps, que tienen teléfono directo con quién, con el Gobernador, con el Presidente. Fué una pelada, Ana María González, la que le avisó a Edgar el 7 por la mañana, le avisó porque tenía un hermano en la Guardia Civil y sabía más o menos por donde iba la cosa, que se cuidara porque

eran muchos y que estaban bien armados, que se cuidara. Pero Edgar no le paró bolas a la pelada que le digo, tal vez por tratarse de una hembrita del Norte, vos sabés que la gente del Norte tiene fama de mentirosa, y no le creyó, más bien se le burló en la cara: Ah sí? Muchos y bien armados? Como Juan Charrasqueado pues, y siguió bebiendo.

Por la tarde se metió a vespertina con Rebeca, y salieron a las 8 y media, de allí cada uno cogió para su casa a retacar. Se habían quedado de encontrar a las 10 en Tropicana, para salir a tirar paso. Pero a las 9 ya empezaban a oírse los disparos.

Mi mamá me estaba contando una historia de cuando era chicoria, allí fué que los oí. Al principio creo que nadie les prestó atención, pero después cómo hacía uno si sonaban mínimo cada 10 minutos, unos lejos, otros cerca, y depende de la distancia uno podía oír los gritos. Por ejemplo, estoy seguro que al Monito Grajales lo mataron en la esquina de mi casa, reconocí su voz, la discusión, después el quejido y el disparo y el silencio. Mi mamá me dijo que me cuidara pero que saliera a ver qué era lo que estaba pasando en las calles. Me lavé los dientes, bajé, y en la puerta me encontré nada menos que con Edgar, pálido como un habitante de la tumba, que me miró y me dijo pelado, no encuentro a Rebeca ni a nadie de la "Tropa Brava". Había corrido desde Tropicana.

Y ahora mucha gente anda diciendo que apenas comenzaron la matanza, Edgar se subió al cerro de las Tres Cruces a esconderse, y que por eso no lo mataron, la gente anda diciendo eso pero es mentira. Se lo digo yo que anduve con él buscando a los amigos, guiándonos por los disparos, pero no llegábamos sino cuando estaban muertos. Claro que uno vé a Edgar ahora, tan

decente que se porta y todo, es lo que dice la gente, pero fué que esa noche lo volvieron una miseria, ya estaba medio loco cuando lo encontré, era que andaba por todo Cali gritando los nombres de los muchachos, la gente lo veía y yo no sé si comprendían, pero en todo caso no decían nada, y él gritaba y corría buscando los disparos, pero era como si los disparos le huyeran, hubiera preferido un plomazo en el pecho a quedar así tan excluído, encontramos a Cencerro muerto, al Osito, a Pérez y Paula. Lo que yo no pude resistir fué lo de Navarrete. Estábamos en plena plaza de Caicedo cuando oímos a Navarrete que gritaba, que gritaba Edgar Piedraíta, y Edgar gritó Navarrete, Navarrete dónde está Rebeca, y Navarrete Edgar, Edgar, y Edgar corriendo, buscando la voz, Navarrete, Navarrete qué es lo que pasa, quiénes son los que nos matan, y en ésas pum, y ya no volvimos a oír a Navarrete. Yo le dije a Edgar que no podía más, que lo dejaba, y él ni me oyó siquiera, siguió corriendo. Esto no lo sabe nadie, te lo cuento a vos porque me has caído bien, ojalá que no me esté equivocando en este preciso momento. Porque esa noche yo abandoné a Edgar. Pero él no me guarda rencor, él nunca ha dejado de quererme. Yo corrí con qué terror, mi hermano, aprovechando que estaba cerca de la casa, y me encerré en mi casa y le dije a mi mamá que no me soltara la mano en toda la noche, y me pasé la noche oyendo los disparos y los gritos, el último disparo que sonó a las 4, el último grito el de Edgar cuando encontró a su Rebeca tirada en una de las mesas de Mónaco con 6 tiros en el cuerpo y mojado en aguardiente todo el cuerpo. Y le habían metido entre las piernas un papel en el que se leía DEJAMOS A EDGAR PIEDRAITA VIVO PARA QUE RECUERDE ESTA NOCHE Y PARA QUE APRENDA. MIGUEL URREA JR.

Después todo siguió igual por estos lares. Menos el cine norteamericano, que cambió de onda. Ya no nos volvieron a traer más galladas ni delincuencia juvenil, sino pura comedia con Doris Day, y ahora pura paz y amor y droga.

Yo no salí en toda una semana, pero cómo hacía con el Año, lo perdía? No, tuve que aparecerme de nuevo en el Pilar, y al primero que me preguntó algo de la noche del 7 le dí en la jeta.

Aquí nadie más ha seguido hablando de esa noche. Ni siquiera Edgar, que me lo encuentro ahora y me pregunta que qué he hecho, flaco y con los ojos hundidísimos, con su vestido de "Guido lo Viste" y su maletín de ejecutivo, trabajando para Carvajal y Cia.,que me dejara ver pelado, que saliéramos una noche de éstas para que recordáramos los viejos tiempos.

Cuáles viejos tiempos?

Que si me acuerdo de cuando me enseñó a peliar en forma, que si me acuerdo de cuando le quemamos la tienda a Acosta, que si acaso me olvido de James Dean, y nunca me habla de la "Tropa Brava" ni de su Rebeca, habla únicamente de él y yo, y yo le digo que nos vemos porque ahora voy de afán, y él me detiene, quiere que le cuente algo de mi vida y yo no quiero y le digo que lo mismo, y que qué hay de esas peleas y yo le digo que allí, que progresando, y él me dice hombre que salgamos un día y que estemos juntos, que la Compañía le va a dar carro, y yo le digo que seguro. A mí no me gusta encontrármelo más.

A mí no me gusta hablar de los amigos idos, de los amigos muertos.

Bueno, me metía a cine, y a la salida me iba a buscar pelea al Norte, a los barrios de los ricos. Había

calles en las que me veían venir y salían corriendo, o sino sacaban a la policía y me tocaba salir corriendo.

En mi clase todo el mundo comenzó a hablar de peladas de un momento a otro. Y yo me mantenía solo en los recreos porque yo no sabía nada de eso, y era barro mano, no sé que le pasaba a la gente que dejó de peliar también de un momento a otro, y todo el mundo se mantenía con cara de tonto, escribiendo cartas y dibujando guevonadas en el tablero, flores y corazones y nombres de peladas. La otra vez un mancito nuevo escribió "Patricia" y al lado mi nombre, y lo encerró todo en un corazón. Yo, sin entender nada, fuí y le dí su tote y no volió a joder más con eso.

Luego comenzaron a ponerse nombres de mujeres. Omar el crespo se llamaba María Cecilia, Franco se llamaba Cristina, Pirela Celia, en nombre de los nombres de las novias que tenían. Yo los miraba y los oía y pensaba en mis cosas. Y por la noche en mi cuarto, antes de acostarme, hacía ejercicios y practicaba con guantes y una pera que mi mamá me regaló cuando cumplí 11 años. Me mantenía en forma.

A la salida del colegio, a las 5, me iba a buscar sitios para cumplir gorros. Me iba sólo, para qué ir con gallada si nadie me cumplía uno, para qué. Que además de que le daba a toda la clase nadie me ponía la pata en cuestión de gorros: me tiraba hasta de 6 metros a un montoncito de arena, me paraba en las manos y caminaba media cuadra, saltaba de un bejuco a otro cuando subía a la montaña, cuando me internaba en el monte. Yo fuí el que se tiró clavado al Cauca desde el puente de Juanchito, que son como cuánto, como 15 metros?

Así en el monte, buscando sitios buenos, me puse a subir la loma de las Tres Cruces por los lados de la

entral de Anchicayá, cogiendo coronillas de vez en uando, buscando barrancos, árboles buenos para trear, pastos altos en los que se hundiera uno. Y así, ndando como anda la gente inquieta, fué que me enconré con el Túnel de la Araña Infernal.

Fué que de pronto voy a poner el pié encima de un natorral y tráquete, se me va el pié para adentro, y me igo qué es lo que pasa y con trabajo saco el pié, mitad e pierna, rodilla, arranco como puedo el matorral y lo ue veo es un hueco negro, digo negro porque de lo que abía adentro no ví nada, un hueco negro que puede llear al centro de la tierra. Pienso en esto, en la película iaje al centro de la tierra, en una canción que recuerdo uando tran, alcancé a ver por allá, metido en lo negro, n brillo. Es un diamante, pensé, un tesoro escondido. ué tal si hubiera llegado esa tarde con un tesoro a mi asa, cómo se pondrían sus ojos? Entraba al túnel? Y ara responderme a mi pregunta miré al cielo, como auél que espera encontrar en el cielo una respuesta. Peo arriba estaba más oscuro que en el túnel. O es que ia a llover, no lo sé, ese viento que se desprendió de ariba tan de pronto. Metí la cabeza al hueco para proteerla del viento. La boca del túnel era pequeña, pero si e cabe la cabeza te cabe todo el cuerpo, me había enseado Edgar. Arrastrándome lentamente, con cuidado, uí a dar a un lugar más amplio pero más oscuro, al que legué haciendo flexión con los brazos. Ya estaba dentro lel túnel pero aún podía ver el cielo negro, sentir el iento, de vez en cuando ramas y hojas de un árbol azotaIo. Mirando hacia adentro, el brillo que le digo salía de nucho, de mucho más allá, de la profundidad inmensa del únel. El túnel era húmedo, como todos los túneles de niedo, con agua que le chorriaba del techo, piedras azues, y el verde de la lama y el musgo en toda parte. Me

hubiera gustado tener a alguien de compañía en esta aven
tura, pero quién? Amigos no tenía. Además nadie en el
mundo era tan macho como para meterse aquí a estas ho
ras. Tal vez Edgar. Pero Edgar estaría atendiendo clien
tes, seguro detrás de un escritorio, las manos apretando
un lápiz sin que se den cuenta. No había caso. Había que
seguir. Adelante. Si te tocó morir en este túnel qué le h
cemos. Tu mamá se queda sola. Si no llegás esta misma
noche, sus ojos muy abiertos ... Brillando como ese bri
llo que tenés allá adelante. Que no se puede ser pesimis-
ta cuando uno se ha metido a aventurero. Que adelante.
Que todavía no sabés lo que es tener joyas en las manos.
Entonces adelanté 3 pasos, casi en cuclillas porque el tú-
nel no tenía más de 1 metro de alto allí donde yo estaba.
Y al ir a dar el cuarto paso metí el pié en un vacío hondo
y feo, y rodé como por unos escalones de piedra, hacia u
abismo sin fondo? No, con fondo. A otro piso apenitas a
metro y medio, o algo más, donde ya podía pararme y to-
do, y mucho más cerca del brillo, eso fué lo que me hizo
adelantar más, y ya podía ver algo extraño, y era que el
brillo se apagaba, se encendía, palpitando casi al sentir
mi presencia. Estaba muy concentrado pensando en este
fenómeno cuando oí el aullido que sonó, que todavía lo oi-
go cuando las calles están solas y por allí voy yo. Un aú-
llido. O primero fué la incandescencia, no lo sé. Seguro,
primero fué que en medio de esa oscuridad total se hizo
insoportable la luz. Y el aullido le venía detrás, fácil: pr
mero la luz y luego el sonido. Y yo quedé paralizado man
pero paralizado y todo saqué la navaja automática de dobl
filo y canal. Así esperé a que el Monstruo de la Laguna
Negra se me echara encima. Pero no hubo ningún ataque.
Sólo, de nuevo, oscuridad completa. Entonces sí lloré,
llamé a mi mamita y le recé una oración a la Virgen Mar
sin Pecado Concebida. Traté de escalar el muro, de vuel-
ta atrás, y mis uñas se hundieron en la pared, pero era

uro barro blando que se desmoronaba. Apuesto a que us-
ed nunca ha pasado por una así. Es peor estar en una tum-
a y sentir el frío, el terror que penetra como lavado de
gua fría. Que si le hubiera hecho caso a mi mamá, y esa
scuridad, y el Monstruo detrás. Que si estuviera estudian
o Historia Universal, y las palpitaciones ante mi presen-
ia, que las podía oír y no podía huír, no podía escalar el
uro. No sé entonces qué espíritu benigno se me metió,
ue me hizo volver, navaja en mano, a esperar tan sólo.
cuando vino de nuevo la incandescencia, seguida del au-
llido, yo le respondí con otro aullido. Seguro estaba loco,
ué sensación tan tiesa que es la locura mano. Me le cuadré
a la pelea. Y escudriñando entre esa luz total, pude ver al
er que, habitándole detrás, la hacía. La gigantesca araña,
vanzando hacia mí detrás del escudo de luz. Peluda y ne-
ra. Y con la fuente de luz en la barriga, allí fué donde yo
e le fuí en paloma, a hundirle la navaja en la barriga.
unca le ha hundido una navaja en la barriga a una araña?
on eso tiene. El líquido que me cayó en la cara, cualquier
osa menos sacarle la navaja, una conciencia de patas ha-
iendo eses en el aire, pelos cayéndome, y la luz que pri-
ero se arrugó y luego se deshilachó toda, serían sus fi-
ras los pelos que tanto me caían? El aullido que ya uno ni
siente estando como está en su centro, es como cuando
dgar se tiró de cabeza al Maelstrom, el remolino más
rande del mundo: siguió derecho como por entre un tubo,
spacio libre de agua, descendiendo, descendiendo, porción
paraíso. Así estaba yo hundiendo la navaja y revolviéndo-
. Te maté araña. Ha visto usted todo lo pequeña que se
uelve una araña después de muerta? Se puede pisar como
uien pisa una araña muerta. Y después corrí. Corrí sin
opezarme una sóla vez por ese túnel maldito. Seguro ha-
a flores por allí que yo no podía ver, seguro el lugar se
abía llenado de flores una vez que maté a la araña, seguro
do se vistió de fiesta, bloom, y me agradecía. Pero yo no

hacía sino correr. Correr porque todo lo que tiene entrad
tiene salida. Primero el túnel bajó para ascender luego, y
ya hacía menos frío y mucho menos miedo, y el piso era m
parejo y más sólido y entraba algo de claridad, o eran me
tiras mías?

Tal vez una curva, un arroyo, un arbusto subterráneo
después, cómo no, la luz, la pantalla encendida, correr 3
metros más y salir al mundo en la mitad de Chipichape, a
ver a quién es que me encuentro de primero para contarle
que he librado al mundo de su más grande amenaza, que s
gestaba subterránea y silenciosa, esperando el día señala
hace muchos siglos, en el que la puerta se le abriera para
empezar su reinado del terror. Hasta que llegué yo.

Pero no encontré fué a nadie. Chipichape era un lugar
sierto. Yo moví la cabeza y miré al cielo, y caminé por a
entre locomotoras, vagones viejos, ruinas de los Ferroca
les Nacionales, y no encontraba a nadie, y todo olía a car
y a azufre, seguro azufre que me quedaba del lugar maldi
que acababa de salvar. No había caso, tuve que buscar la
lida, llegar a La Flora, bajar a la Sexta. Mañana les con
ría a los muchachos del Pilar. Entonces fué cuando me di
ron alto, quién está allí! Yo voltié y eran dos guachimane
ambos gringos y vestidos de policía. Entonces eché a corr
y como si fuera poco me echaron bala.

Pero aquí estoy con usted, mi hermano, con los alient
necesarios para contar tantas historias.

Al otro día le conté a toda la clase pero no me creyó ninguno. Llevé a varios a la entrada del túnel, y ni así creyeron lo de la araña. A mamarle gallo a otros, es una cañería, me dijeron. Cañería? Y estaba que me metía otra vez para que vieran lo que era, pero la verdad fué que me dió miedo. De todos modos qué importa. Ninguno valía la pena. Hay como dos de ésos que ahora andan en la Guardia Civil, Franco y el paisa Alvarez, yo ya los tengo fichos.

Claro que uno no se olvida. Y cuando vienen los días en los que me siento solo, me voy para la montaña de mi aventura a ver a los obreros que construyen edificios para los VI Juegos Panamericanos. Exactamente encima del túnel mío han construído una torre de propiedad horizontal, y ya no queda nada de montaña: han puesto parques de recreo para los niños de los edificios. Seguro el túnel les sirvió mejor para levantar los cimientos.

El día que entregaron calificaciones de Primero de bachillerato, que no perdí ninguna, que los de la clase me dijeron que la tenían lista para darle a don Benito, que si metía o qué, yo les dije que no. Porque no se me daba la gana. Y me dijeron que era que me daba miedo, hacéte el bobo. Y yo ni los miré ni les dije nada.

Esas vacaciones las pasé con mi mamá. Cuando ella me hablaba desde su mecedora yo le contestaba bonito, quería que me contara cosas de cuando estaba más pelado y tal, que me contara recuerdos de fincas, de la finca que le robó mi tío Gonzalo Zamorano Ríos a mi papá, de cómo lo dejaron en la olla y lo demás. Pero no sólo cosas tristes, también cuentos de fincas no peliadas, paseos en los que los niños jugaban lleva mientras ella preparaba sancocho de gallina con las demás mamás.

Yo mirando a la ventana y viendo caer la lluvia en ésas vacaciones que llovió tanto. A mi mamá también le gustaba que lloviera, que los recuerdos que le venían nunca me los dijo, pero me decía que en todo caso la lluvia la hacía pensar más, y yo no entendía que podía tener de bueno pensar aún más de lo que uno piensa. Que me acuerdo que salía de cine y me iba a caminar hasta bien tarde, y después a alcanzar a los serenateros. Me iba por allí por los barrios de ricos, y casi siempre había por allí, un sábado, un muchacho que al-

quilaba sus serenateros y se ponía a cantarle a la pelada. Yo los oía desde lejitos. El mancito sentado en una piedra casi que dando órdenes, siguiendo el compás con una botella de aguardiente vacía. En esa época me aprendí muchas canciones. Las que más me gustaban eran las que decían de la noche. Como un rayito de luna, que se la oí a un trío de músicos chiquitos, todos de bigote, cuando yo salía de ver el primer Drácula. Un rayito de luna delgadito, no se me olvidó nunca. Me acuerdo que el que la cantaba buscaba siempre la luna, subía la cabeza y era que creía que si miraba la luna le salía más sentimental la canción. Y en noches sin luna? A ese mismo músico me lo encontré yo hace muy poco en Picapiedra, claro que ya más viejo y todo pero cantando, ya no más en trío, ahora sólo solo, y llevaba un sombrero de vaquero, viejo y hasta las orejas, y si alguien le preguntaba el decía la única frase a la que le dedicaba su sonrisa (porque todo en esta vida se gasta), siempre la misma frase y la misma sonrisa: "Es para proteger la cabeza de la luna".

Yo ví al hombre y él me vió, y yo tuve que salir corriendo. No sabías que me viene persiguiendo desde hace dos años? Fué que lo ofendí de muerte, compañero. No le pagué el Rayito de luna que le hice cantar a una pelada de la que yo me enamoré por primera vez en mi vida. Ya es tiempo de que lo diga: una pelada que jugaba en campos de golf, y el vestidito que usaba para ello (diseñado por ella misma) fué copiado para el uniforme de las niñas Panamericanas. Era prima mía, y millonaria. Seguro por eso fué que me hizo enloquecer casi y echarme esta maldición encima, de estarle huyendo a un serenatero en estas mismas calles.

Dicen que fué verdad. Que el día que entregaron notas de Primero sí le dieron a don Benito. Aquí alaraquiaron mucho con eso, Omar el crespo se hizo famoso, hasta en los periódicos salió su nombre. Yo no sé si me hubiera gustado estar allí, ver como Omar el crespo, que siempre fué malo, que además había perdido Primero, lo cogía a la salida y le decía, debajo del almendro, pa dónde va don Benito? Tan contento no don Benito?

Yo no soportaba a don Benito, pero no me quise quedar a darle, no me tienen por qué echármelo en cara a cada rato, no me quise quedar y qué? Para qué si no había perdido ninguna, y además me pongo triste cada vez que entregan notas de fin de año y todo el mundo se pone a guevoniar con abrazos y palmaditas, todo el mundo de amigo, hasta el próximo año mi hermano, que pasés unas vacaciones muy felices.

Don Benito ha debido comprender de una, seguro apretó la boca y trató de apretar el paso, pa dónde va con el culo tan parado don Benito?

Yo me fuí a pié hasta el Alameda, que era donde vivía cuando estaba en Primero. Y por la calle me encontré con amigos con libretas en la mano. En la plaza de Caicedo estaban Felipe y Ramón Contreras que armaban viaje para Buenaventura, que ambos habían perdido el año y se pisaban, que el papá había salido a buscarlos armado, que ya tenían trabajo en un buque sueco, que todos los grandes hombres habían empezado así, que ya estaban cansados de estudiar, que lo único que se necesita para desenvolverse en la vida son las 4 operaciones fundamentales: sumar, restar, multiplicar y dividir hasta por 11 cifras, para lo que era un hacha sobre todo Ramón Contreras.

El sol estaba peor en ese día, aunque igual presagiara lluvia. Yo me ponía la libreta de notas en la cabeza, pero los rayos del sol atravesaban la libreta.

Si me hubiera quedado a darle a don Benito, yo le

hubiera sacado los zapatos al sol para olérselos delante de todo el mundo. Yo les pregunté después que si le habían hecho eso y me dijeron que no, entonces les dije cobardes, no nos digás cobardes porque nosotros nos quedamos y lo patiamos, en cambio vos ni te quedaste por puro miedo. Yo no les dije nada más. Porque además ya por esa época no pensaba en nadie más sino en María del Mar, la pelada que le digo. Apuesto que si alguien me hubiera dicho algo, si Omar el crespo se me hubiera alzado, yo no le habría dado ni nada, no me provocaba, cómo hacía para decirle, cómo hacía para que entendiera que no podía pensar sino en ella, y yo la miraba a los ojos, que tal vez ahogándose en mis ojos ella comprendiera que me pasaba las noches sin dormir, ay, sin soñar, pero no importa si era que soñaba despierto en ella. Ojalá llegue el día en el que deje de recordar esas vacaciones, que cada vez que las pienso me inutilizo, no soy nada sin tus besos, aún ahora ni puedo peliar ni nada cuando pienso en ella, qué tal que eso me hubiera pasado el 26 de Febrero? Ah? Mirarla así a los ojos para ver qué piensa ella (si es que piensa), alguien la ha mirado así, María del Mar? Nadie en este mundo me ha mirado como la primera vez que me miró usted, María del Mar.

. Qué, quiere que cuente la historia completa, mano?
Que si usted empieza a no entender me lo dice, no?
Usted me perdona si yo me confundo, no?

Que yo hace mucho que no cuento nada de ésto, mano, pues mi mamá ya se murió, y con mis tíos yo no me entiendo.

El día que entregaron notas de Primero yo llegué a mi casa como a la una, y mi mamacita me estaba esperando. Ya no me decía nada si llegaba tarde, sólo me miraba. Yo toqué a la puerta y oí sus pasos, su respi-

ración parejita, tas, la puerta abierta, mucho antes de que comenzaran a fallarle las piernas, su cara tan blanca, me había hecho carne asada y papas fritas por haber ganado el año. Yo le mostré la libreta después de almorzar, ella la vió y me dió un beso que me supo a manzana, aunque no había comido manzana en el almuerzo. Además cómo, quién va a poder pagar 5 pesos por una manzana. Lástima, porque es lo mejor que hay para el sueño y para la pelea. Y no lo digo yo, lo dice Akira Nagasaka, un japonés que fué muy buen amigo mío, cinturón negro de quinto grado. El no comía sino manzana y apio y pan, y de vez en cuando un vaso de leche, y claro, sus traguitos. Yo no sé de dónde sacaba la plata para comprar tantas manzanas, de todos modos el trato lo hacía con un gringo de gafas oscuras que le traía una caja todas las semanas. Y que un día le subió el precio, y Akira le dió su tote por gringo y por ladrón y para que no jodiera. Entonces el gringo volvió a bajar el precio.

Era sábado? Déjeme decirle, era sábado el día que entregaron notas de primero? Yo creo que era sábado, se notaba porque cuando pasé por la plaza de Caicedo como a las 12 y media estaba vacía: no estaban sino las palmas, el cielo, el prócer, el sol, las bancas, las torcacitas sin comida, y los manes que se iban para Buenaventura. Y al ver así de vacía la plaza fué cuando más me dió nostalgia de los días pasados, de mis aventuras, de Edgar, de la pobre "Tropa Brava", y apretaba la libreta de calificaciones.

Dígame, como intentando romperla?

No, no se puede romper una libreta de notas.

Pero a vos no te dá por apretar las cosas cuando te ponés triste?

Por apretar o por golpiar.

Si alguien se me pone al frente cuando me entra el

recuerdo de la Rebeca de Edgar, de malas, porque la única manera de sacarlo es dándole su tote.

Me arranco los recuerdos como si fueran alacranes en la cara. En fin. Quedamos en que era sábado. Y yo llegué malo a mi casa. Pero cuando ella abrió la puerta se me arregló el día. Seguro a estas alturas a don Benito le estaban dando taponazos en la calva, hasta que el Rector trajo a la policía y todos tuvieron que salir corriendo. A donde yo esté allí le doy al Rector, y me hubiera dado con uno ó dos policías si algún macho se quedaba y me ayudaba.

Lo aburro mano? Entonces no bostece. Así uno no le habla a una cara sino a un hueco.

Ella, la carne asada, el año nítido. No tenía hambre pero me lo comí todo. Luego me trajo una caja grande. La abrió con los ojos abiertos, y me tendió un vestido gris de "Guido lo Viste", una corbata de pepitas rojas y unas medias negras. Era todo para mí, por haber ganado el año. Y por la felicidad que le dí desde que vine a este mundo. Y porque mirara lo que había llegado esta mañana: me estiró la mano y allí tenía una tarjetica aún más blanca que su mano, que la abriera, que la abrí sintiendo algo. Que decía MARIA DEL MAR LAGO ZAMORANO TIENE EL GUSTO DE INVITARLO A UD. A LA FIESTA QUE SE CELEBRARA CON MOTIVO DE SUS 15 AÑOS. SABADO 12 DE JUNIO. K 14 NORTE # 29-5. En letra doradita.

FIESTA

No se oía ni la música ni la gente cuando yo llegué, ni la puerta estaba abierta. Me había engominado el pelo. Toqué a la puerta. O mejor recuerdo cuentos de gente que decide morir, que fijan la hora de morir, que escriben bien grande con su sangre LLEGO LA HORA DE MORIR en una pared blanquísima de la iglesia La Merced

que cantando un bugalú triste dan su espera a que el primer transeúnte de la mañana los encuentre, y que al menos tenga buena memoria para que recuerde lo que vió y hable de él, que invente sin decir mentiras. Toqué otra vez en la puerta y tas, apareció mi tía doña Cecilia de Lago, hermana de don Gonzalo Zamorano Ríos, vestida de verde y pintado el pelo, los ojos, la boca, la cara, las uñas de las manos y las uñas de los pies.

Buenas noches, entre, su nombre por favor?

María del Mar, aquí llegó nada menos que su primo!

Era primera vez que yo estaba en ese palacio, aunque sí sabía que tenía una prima rica, pero nunca había pensado en ella.

Quién mami?

Su primo, baje mija.

Mi tía quería que me sentara, pero yo no.

María del Mar tenía tacones. Yo oí en el piso de arriba una puerta que se cerraba, tas, los tacones en el piso de granito pulido, claro: zapatos dorados de tacones en caso de que fuera bajita la niña, medias oscuras, rodillas redonditas, la puedo seguir mirando sin que mi tía la pille? Tenía calzoncitos tan blancos, vestido traído de Miami, un par de senitos, unos hombros de descenso suave, bajó 2 escalones más y le ví la cara: pequitas y nariz respingada, ojalá que tenga el pelo suelto. Pero no: otro escalón más y lo tenía peinado, empegotado, acabó de bajar las gradas y la ví mucho más bajita de lo que parecía estando arriba, pero qué importaba, voltió su cara y mé miró, sus dientes: los de adelante grandes, de conejo, la frente abultadita, seguro cuando sonrió un poquito más fué que le ví la lengua, caminó derechito a mí, 2 pasos más y estiró la mano, yo también tenía que. Chas. Lo primero que toqué fué la punta de sus dedos, y después la mano completísima, tan fría, entonces seguro abrí la boca, porque se me entró

una mariposa amarilla que me bajaba por la garganta y el intestino grueso, lo más rico era cuando me revolotiaba en los riñones. María del Mar se ha debido dar cuenta porque me soltó la mano, creyendo qué no aletearía más, pero se equivocó: la mariposita no se me salió ni nada, y todavía, cuando hacen vientos buenos, cuando la noche no está nada de cansada pues la ambición descansa, yo la oigo revolotear de un lado a otro, chocar, juguetona, contra mis paredes, susurrarme cantícos de cuna tan antiguos como la primera cuna, arrumacarse en mi garganta y regalarme con su olor, dar perfume a mi nariz, emborrachar mi aliento.

Lo que ví luego fué la espalda de María del Mar. Y allí fué cuando comencé a creerla tan infalible. No me lleves a la ruina. Porque me dolió la belleza de su espalda. Y fué que las espaldas se me doblaron? Eso no, eso sólo en las películas de terror, de detectives, de la vida. Seguro ella quería irse, subir al segundo piso a seguirse arreglando para su fiesta, pero conmigo allí no había caso, entonces se sentó en una de tantas sillas rosadas y me dió otra vez su cara.

No se quiere sentar?, me dijo. Quiere tomar algo? Vino muy temprano. Cuál es qués su nombre? Que me lo dijo tan rápido que no le entendí nada. De modo que somos primos Ji Ji Ji. Yo me acuerdo de usted, sabe? Hace mucho tiempo, en una primera comunión, me acuerdo porque dieron una película con Drácula, Frankenstein y el Hombre Lobo juntos, y a usted le dió tanto miedo que se puso a llorar Ji Ji, y su mamá tuvo que sacarlo.

Luego vino una negra toda vestida de blanco y me puso en mi mano un Martini on the Rocks.

Sabe que a mí nunca me han dado miedo las películas de miedo?

Y yo estaba por decirle que no se burlara de mí, porque yo era muy macho.

Y su mamá?, me preguntó mi tía. Ella bien gracias.

Pues sí, de modo que acabo de conocer a un primo, dónde es que estudia usted, vea? En el Pilar? No me diga. Allá todos son peliadores, no? Sí, pero yo le doy a toda la clase, y eso que no me gusta dármelas.

Estaba sonando una música a un volumen ínfimo, y yo todavía nunca había bailado, pues era un aventurero solitario. Y era primera vez que venía a una fiesta, y según entendía uno iba a las fiestas era para bailar, bailamos?

Antes de que dijera nada le estiré mi mano y se la tomé como todo un caballero, y me puse a machacar el mosaico, no fué sino estar en el ruedo que me dí cuenta que era fácil eso de bailar, que no era sino lanzarse. Pero esa noche también aprendí que toda la gente en este mundo no baila igual, y menos gente diferente, que María del Mar era que no sabía bailar o qué? O era que yo, con mi zapateo, no dejaba oír la música? No importa, yo la perdonaba, quién no ante unos ojos como ésos, yo ya le enseñaría a bailar pero no ante esta música caballa, esta música mentirosa, yo ya le enseñaría a moverse ante el ritmo enloquecedor, y allí tirando paso me fuí acordando de mi amigo Edgar, pero no dejé que me diera nostalgia porque tenía a mi mujer al lado.

No se preocupe, que usted baila bien María del Mar.

Claro que sí, pero usted no: yo no le cojo el paso, primo.

Y chau.

Entonces ring, el timbre de la puerta. María del Mar que lo oye y que dá uno, dos brinquitos de felicidad y corre hasta la puerta y tas, la abre, y entra qué gallada de mancitos, que qué hubo, que si ya llegó la orquesta, que cómo estás de linda María del Mar, felicitaciones, que yo sé que no había que traer regalo pero fué que no pude de las ganas, mija, ay, que gracias, que mamá llegó

Eduardo, llegó toda la barra, mi tía fué a recibirlos , a todos les dió la mano, todos de pelitos lisos y sonrisas de dientes parejitos, todos bronceados por el sol, todos gente linda, que qué hubo que no llega la orquesta, ay, que estamos que nos bailamos, vean, les presento a mi primo, éste es Eduardo, mi novio. El novio de María del Mar vino y me dió la mano, y yo lo conocía ya. La otra vez por Sears le había dado duro en un partido de fútbol. Y él se acordó del tote que le dí en la jeta cuando yo le dí la mano y le dije mucho gusto.

María del Mar no bailó más conmigo en esa fiesta.

Que ya a la media hora había llegado la orquesta: "Alirio y sus Muchachos del Ritmo", que no tocaron nada de salsa sino pura de esa música que esa gente baila. Pero todo esto yo no lo pensé en aquél entonces, esto lo vengo a pensar recién ahora que le cuento una parte de la historia de mi vida. Yo no pensaba en nada porque estaba atolondrado con María del Mar, hacía lo posible por estármele a su lado, y ella me veía y me hacía ojitos y risitas, y seguro su novio preguntándole de modo que ése es primo tuyo? Yo he debido romperle de nuevo allí la jeta, delante de todo el mundo. Pero para qué, mejor tirar decencia, aunque de qué sirve la decencia.

Había muchos gringos en esa fiesta, yo nunca había visto tantos gringos juntos, todos altos y bellos, todos melorados, gringos bailando el sonido paisa.

María del Mar se me acercó una vez y me dijo, bailando, por qué no baila, primo? Y los que la oyeron se rieron largo. Esa manera de decir ellos las cosas que todo les sale bien, digan lo que digan la gente se les ríe, y se ven lindos. Pero yo a ella no le decía nada, ni me le reía ni nada, y seguro ella me notaba algo raro, se fué a bailar con su novio lo más lejos de mí para que no la vieran, pero de malas porque era la más bonita, no podía esconderse, cómo si sus ojos le brillaban entre todos los

vestidos y tantas luces y dientes marfilinos, y si yo la perdía de vista entre esa cantidad de gente, me salía un momento de la masa hasta que mirando de lejitos la encontraba.

Negras todas vestidas de blanco que a cada rato venían y me ponían en la mano Martinis on the Rocks, y yo déle, que ya cuando se me estaban subiendo al coco no me importaba la distancia, cuál distancia, y fuí ganando terreno entre las parejas, náufrago entre un mar de parejas. Ella y su novio habían ido a parar al rincón más apartado, tan avispados. Hacia allá me dirijo yo, cuando de pronto tráquete, yo no sé en qué estarían pensando Alirio y sus muchachos, de todos modos lo que oigo que suena es la canción mía de Drácula, y en esa noche de luna llena, y yo con mi amor a cuestas, Como un rayito de luna / entre la selva dormida / así la luz de tus ojos / ha iluminado / mi pobre vida.

Drácula muy solitario, muy eterno, ave nocturna de corto vuelo en estos tiempos muy difíciles. Ha caminado, la lluvia le ha quemado la cara y ya no le caben más recuerdos de la ciudad en esta noche suya sin nada de fortuna, nadie en las calles, ninguna mujer de cuello largo, blanco. Lo que más me gustaba era la actitud de las mujeres en el momento del mordisco, aceptar con lucidez su Destino Fatal. Pero Dracula ha salido y no ha encontrado a nadie, e igual de solo que hermoso ha alzado la cara y ha cantado al amor que puebla sus sueños, el que nadie sabe, idealista que es.

Pusiste luz al sendero / en mi noche sin fortuna.

Su mirada se posa en los ojos de la amada como diciéndole que entienda, como queriéndole contar la historia de sus años, de sus inviernos, que está cansado, dice, que está dispuesto a sentar cabeza.

Iluminando mi cielo / con un rayito / claro de luna

Si ella me viera. Ya me vió venir entre tanta cabe

y seguro ya supo que voy todo martinonderocks, ya me vió pero se hace la como si nada, dejarle sólo 2 impecables orificios o un mordiscote cruel de una? Que abandono a todo el mundo, que tengo una madre que se está quedando paralítica y nadie se acuerda de ella en mi familia que aún no he terminado bachillerato, y qué se puede esperar en este país de un hombre que no termina su bachillerato? Pero lo dejo todo por usted. Míreme a la noche sin fortuna que tercamente albergo en estos ojos y dígame si miento, más claro no canta un gallo.

Desde donde estaba yo, pensando en todas éstas cosas, ya podía ver su frente entre las frentes, su pelo empegotado, su naricita aplastada en el pecho del mancito ése que lo patié un día y lo vuelvo a patiar cuando me dé la gana, que si me miran más, gringos, les pongo a todos esta mano encima, que conmigo zona, que respetando mi amor a primera vista, que allá voy, avanzando, avanzando, quebrando hombros, caderas, más solo pero más puro que ninguno.

Toco su hombro.

Ella siente mi dedo cálido y voltea, sí primo?

Hágase la tonta: sí ojos muy abiertos, y primo sonrisita bella. No quiero que me diga más primo, no quiero que me mire más así, María del Mar. Que lo mire cómo. Como me está mirando ahora, María del Mar. Ah sí? Pues a mí tampoco me gusta que me hablen así, sabe primo? Pero dígame entonces pues: se ha dado cuenta de lo que siento yo por usted? AH? Pero qué es lo que está dciendo este man, dijo el novio. Usted no hable, tonto, le dije. Tonto con los labios apretadísimos, que no sé ni cómo fué que me salió, y zuas! sin dudarlo dos veces me dió en la jeta.

Sería que era macho? No, qué iba a ser macho.

Fuí a caeren brazos de María del Mar, y ya oígo la risa de los Estados Unidos. Qué pasó? seguro mi tía.

No pasó nada, quién le dió, fué para que no jodiera, se puso a molestar a mi novia. Unos brazos que me querían parar que no eran los de ella. Fué que tomó mucho, yo lo ví. Déjenme que yo me paro solo, al que me quiera parar le doy en la jeta. Ah sí? Tan macho. Que dejálo ya que mirálo que lo dejaste mal, déjenlo tranquilo, y esa tampoco era la voz de ella. Que me paré y me arreglé la ropa, y salí de allá de esa casa sin que me despidiera nadie, ni mi tía siquiera. Cuando iba saliendo una voz de gringa que decía quién era ese, y medio paso más adelante la voz de ella que decía un primo pobre que yo tengo.

Esa noche sin fortuna, andando por allí, encorbatado, seguro me encontraban los amigos y me hubieran dicho qué te pasa. Pero por la corbata? No. Por la cara? Nada de lágrimas, sólo un nudo en la garganta, el nudo de la corbata? Esa noche, digo, andando por allí, no me encontré a ningún amigo.

Me encontré fué con el serenatero que le digo. Que ya usaba el sombrero de vaquero pero todavía cantaba en trío. Que le dije quiero que le canten una canción a la pelada. Querían que los llevara en taxi, y yo no hay caso: a pié o nada, antes por el camino encuentran clientes, díga-lo? Caminaron y todo, pero no encontraron clientes ni nada. Que adónde era, que uno de ellos no podía caminar mucho porque le dolían los pies de lo tanto que se la pasó caminando en su juventud. No jodan que ya llegamos. Adónde, aquí?

Desde aquí de la esquina se veía la casa de María del Mar. Había gente afuera. Yo le dije al serenatero: vamos a cantarle una canción a una pelada que está adentro, la dueña de la fiesta.

Desde aquí de la esquina?

Sí. Hay mucha gente frente a la casa, y además no quiero que me vean, así que vamos a cantarla bien duro,

que se oiga.

Que cuál canción.

Rayito de luna.

Apuesto a que nunca cantó una canción así con ese sentimiento. Seguro era por todo lo que había caminado para llegar acá, y ahora descansaba cantando. La canción sonó duro y bonito , y no me acuerdo qué canción era la que sonaba adentro, sólo que a los dos versos de mi Rayito de luna la música cesó, y toda la concurrencia comenzó a murmurar adentro. Después ella salió a la puerta. Dió tres pasos y miró a la esquina. Entonces había que ver lo que era su mirada debajo de esa luna llena, y mis músicos cantándole a sus rayitos. Ella se portó como una dama, se aguantó toda la canción quietica, ya la luna le estaba desempegotando el pelo. El que sí no se portó fresco fué su novio, que ya quería comenzar a armar tropel, que ya estaba armando comisión para ir hasta la esquina y cascarme, que era que no dejaban tranquila a su novia.

Hubiera sido mejor que me hubieran tirado para yo agarrarme a correr de una, para no tener que correr por nada cuando el músico acabó mi canción, que yo sin un centavo en el bolsillo cómo hacía para pagarle, que no pude hacer nada más sino pisarme.

Y todavía me cuido.

Que no crea, que en esta ciudad todo el mundo sabe que amenaza de serenatero es la única que se cumple.

Por ella me he lanzado maldiciones encima.

Pero yo ahora me siento que he aprendido mis cositas.

Ya no es como antes, se lo aseguro mano, que me metí a ver Héroes sin gloria , una de vaqueros, y me puse a llorar como una dulce picha, que yo qué culpa tenía si era bueno para la pelea pero de malas pal amor, entonces los héroes que uno había visto qué? Que peliaban en los puertos por sus hembras, entonces qué? Y no

era que yo me hubiera equivocado demasiado al enamorarme de una rica, que había que ver que era de mi familia, que había que ver que todo héroe que se respetara se enamoraba era de una princesa, si no nunca.

Bueno, yo no sabía nada de lo que sé ahora, lo repito. Las cosas han cambiado. Yo ahora no me encierro por nada del mundo, habiendo tanto para ver en la calle. Pero en aquél entonces sí: que me encerré en mi casa y mi mamá trataba de consolarme pero nada, que me contaba las historias que solamente ella sabía y yo se las escuchaba en silencio, pero por dentro me hacía preguntas que no tenían nada que ver.

Y así llegó el invierno cuando no tenía por qué llegar, pues estábamos en vacaciones. Llovió ese mes y el otro, sólo que de 6 a 10 reinaba el peor sol del mundo, y la gente aprovechaba, salía, que pa dónde iban, que pa baño, mientras durara el sol, que pa Pance o pa las Pilas, todo dentro de la mayor cordialidad, nadie se metía con nadie, nadie bataniaba. La presencia de la lluvia unió a todo el pueblo, el sol de las mañanas era insoportable como no fuera estando bajo las aguas del Pance, que si fuera músico, si pudiera inspirarme, le componía un bolerazo al Pance. Si estaban de buenas no llovía hasta la una, y regresaban contentos en sus buses papagayos, en el papagayo de Dumar Moreno, el Rey de la Vía, el 36, que a esa hora no trabajaba para irse a baño, que se compró un estéreo y adaptándolo al bus logró el mejor sonido que había en Cali, la gente viajaba oyendo salsa con la lluvia mano, mirando por la ventanilla a las calles solas.

La gente cambió? Seguro. Andaban más románticos. O metidos a cine, con la lluvia. Yo salía sin abrigarme para llegar mojado al teatro, y así, frío y todo y si la película era buena, ponerme triste, y bien triste, pensando en la mujer ingrata, llegar a mi casa a que mi

mamá me secara el pelo con sus manos o con el calor de su pecho. Fué en una de esas tardes que mi mamá me contó la verdadera historia de la familia. Cuando se murió don Samuel Zamorano, le dejó la finca "Malanoche" a sus hijos Pedro Pablo, Gonzalo, Andrés Camilo, Simón (mi padre) y Ana Cecilia, la mamá de María del Mar. A mi papá le tocó la parte que colindaba con Corinto, y antes de casarse ya tenía un sembradito de maíz y su ganado. Entonces se casó, y llevó a mi mamá a vivir a la Colina, la casa de la finca. Seis meses después de nacer yo, llegaron los soldados en una noche de luna, y muy correctos preguntaron por mi papá, don Simón, pa ver si nos invitaba a tinto, y mi papá hombre, esta casa es suya. Después de que les hubo brindado café lo sacaron a la mitad del patio para que viera todo el mundo. Que no era culpa de ellos, que sus hermanos eran los que daban las órdenes por estos días, que además había órdenes de más arriba de no dejar un conservador por estos lados, que él era el primer conservador contando de Corinto para acá. Al otro día le dijeron a mi mamá que le compraban la finca a buen precio, pero que se pisara. Y mi mamá ni les recibió moneda ni nada: llenó la casa de letreros, y se vino conmigo para acá pa Cali.

Esa tarde fué cuando comencé a aprender las cosas que sé ahora. Me despedí de mi mamá y fuí y les quebré todos los vidrios de su puta casa, y María del Mar me vió y allí si no se portó como una dama, me gritó vulgaridades, y entre negros vestidos de blanco y policías me echaron bala, pero yo me les fuí saltando, hermano, y aquí me tiene usted vivito y coliando.

Al otro día leí un aviso en la prensa de la Academia Ketsugo de Judo y Karate, y fuí y averigué los precios, y si me ponía a cortar pasto y a lavar carros podía pagar la mensualidad, me dije, que la única manera de

olvidar a la que paga mal era ponerme a aprender pelea, que uno nunca sabe, que si uno se descuida las cosas se le van olvidando, mano.

Y como estaba dispuesto a cambiar de vida a toda costa, me salí del Pilar y fuí a Matricularme al Santa Librada, que cuando vieron las calificaciones que llevaba me admitieron fué de una.

A mí no me dió nada de tristeza despedirme de la gente del Pilar, 6 años juntos pero nada, hasta me pareció que deseaban que me fuera de allí. Ahora he venido a saber que entre Omar el crespo y otro mancito tieso han implantado el régimen del terror en Tercero, Cuarto y Quinto, que hasta a los manes de Sexto se la tienen adentro. Que se jodan. Cuando yo entré al Santa Librada me puse fué a tantiar, y me dí de totecitos con los más braveros de mi clase, pero no había caso: a todos les daba. La única pinta que me puso problemas fué el Viruñas, uno de Segundo C, grande y cuajado porque hacía gimnasia, y me puso 2 totazos buenos, pero desde que empecé a estudiar judo y karate lo dejaba seco cuando quisiera. Y él comprendió, que ni aunque gimnasta y todo conmigo no había caso, y de allí en adelante se siguió portando fresco, y hasta de amigos quedamos. El 26 de Febrero anduvimos fué peliando juntos, el hombre bolea piedra que dá miedo.

Ahora, camarada, dése un vueltón si es que está cansado de tanto oírme decir cosas. O pida una cerveza bien fría. O camine metámonos a cine, que están dando una vieja de vaqueros, usted tiene moneda? Yo por mi parte vea, entro al San Fercho, al Aristi y al San Nicolo gratiniano y tal, que me he hecho amigo de la pelada que vende las boletas. La dan en el San Nicolás, vale cinco con cincuenta, usted tiene para pagar su entrada? Que yo estoy sin una. Entonces camine nos montamos

en aquél Verde San Fernando, cuestión de llegar temprano para alcanzar a ver los cortos.

....

Lo que más me gustó fué cuando Jack Palance mata al tonto ése. A Jack Palance me gusta es verlo trabajar de atravesado, y al hombre le gusta, díga-lo? se le vé en la cara, en la boca abierta. Lo mejor es el barro las casitas del pueblo , el momento en el que el tonto saca la pistola pero no hay caso, el otro la tiene afuera desde hace tiempo, qué sentirá uno allí, ah? El momento de la verdad. Lo que hizo el tonto fué echarle una revisada a su vida, los campos verdes, la cabaña que vino y construyó en esta nueva tierra para organizar su vida, pobre tonto. Y ni siquiera apuntó a Jack Palance, para qué. Agachó el cañón de la pistola y esperó. Pum. Cayó de cara al barro.

Bueno, resulta que llego yo a la academia Ketsugo y me quito los zapatos, y viene un mancito cinturón verde que dizque a darme la primera lección, y se pone a hacerme una llave, pero sencilla mano, que uno que tanto se ha dado con la gente, que ha aprendido tantas cosas de la vida, que vengan a salirle con una llavecita como ésa. Pues el hombre que me pone la mano encima y yo que lo azoto de una. Había que ver la cara que hizo, se puso del mismo color que su cinturón verde, se paró y se me fué encima dando dizque berridos en japonés. Pero yo lo paré en seco con la derecha, y luego con juego de izquierda y piernas le doy qué azotón de nuevo. Era un mancito mono, de ojos azules, hasta gringo sería. Zona, que si iba a pagar 100 pesos mensuales que me pusieran un profesor templado, que a gringos ya estaba cansado de cascar en todas partes, así fuí y se lo dije al director, un japonés medio currutaco, que viniera a ver al dizque cinturón verde que me había puesto, que viniera a ver cómo lo había azotado, y si quería lo

azotaba más, que a mí me enseñó a peliar nada menos que Edgar Piedrafta, el man más tieso que ha existido en Cali. Que lo que yo quería era un profesional de la pelea, que si no pues entonces zona, zona, que me fueran devolviendo la moneda.

El japonés escuchó toda la carreta mirándome a la cara, respirando despacito. Cuando acabé me dijo bueno jovencito, camine vamos a ver, camine vamos a darnos unos toquecitos.

Y nos metimos a la colchoneta. El hombre le hizo saludo y tal a la colchoneta, después me miró a los ojos y me dijo listo? Yo le dije cuando quiera. Todos los alumnos se habían salido para ponerse a mirarnos, partida de maricas, para que aprendan a no meterse conmigo cuando me vean por allí voltiando, zuas! me agarró del cuello y volé de una, y todavía sin haber aterrizado zuas! me volvió a agarrar del cuello y tráquete, a volar otra vez hermano, esta vez sí me dejó caer, y caí como una plasta. Y todo el mundo a reírse, Jua Jua, tan macho. Yo me paré tan rápido como pude y me le lancé al hombre. Le alcancé a dar en el pecho, pero el hombre me agarró otra vez del cuello y otra vez volé, y para que no siguiera jodiendo me asestó golpe tenaz en la barriga, aún mientras volaba.

Está bien, jovencito, véngase aquí todos los sábados de una a 7 de la tarde, y verá que le enseño sus cositas.

Yo no le dije nada. Salí de allí dignamente, sin agachar la cabeza, mirando a los que habían visto como me azotaban y se habían reído, fichándolos.

LAS CALLES VACIAS

y nosotros continuando por las calles, vacías y mojadas. Me acuerdo que Akira Nagasaka caminaba muy despacito, calculando dónde ponía cada paso, cónde fi-

jaba la mirada. La respiración se le sentía. Ese saber que existía, y que estaba aquí a mi lado. Akira amaba a su patria, a la pelea y a mí. Antes de salir nos habíamos puesto la pinta, gomina en el pelo pues era mejor pasarse la mano por el pelo sudoroso, engomarse el puño, yo le decía que funcionaba, que así daba más duro, croc, así fué que le sonó al mancito ese que le dí en la que armamos en Picapiedra. Croc primero duro, y después un croc pasito. Y la boca le quedó abierta y ya no la pudo cerrar más, según me cuentan. Pero dizque no me está buscando, vive fresco con la boca abierta para siempre, se acuerda de mí pero no me busca. Se la pasa leyendo novelas del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía.

El que sí me busca es el serenatero que se protege de la luna, el que me cantó como un rayito de luna el día de su fiesta de 15. Nadie más me busca.

Habíamos cogido el bus Azul Platiado. Habíamos viajado, silenciosos, hasta el teatro Calima. Allí nos bajábamos, empintados. Mirábamos para todas partes, nos veían del teatro y de la fuente de soda y bajaban los ojos, allá están, decían, se bajaron, allá vienen. Pero no íbamos. Cogíamos hacia la Primera. Akira me conversaba de ondas que él conocía del mar. Cuando tenía 12 años se enamoró de una pelada que vivía en el mar. Akira vivía en la ciudad, y había como 8 días de su ciudad al mar. La mujer que le digo le había mandado una carta diciéndole la urgencia que tenía de verlo, pero en el mar. Y que en el trayecto le enviara 5 cartas, poniéndola al tanto de su llegada mientras se acercara. Mi amigo partió, y al séptimo día llegó al mar. Al otro día la mujer apareció con el color del oro y del musgo y del marfil, tempranísimo, sonriéndole bienvenidas que sólo ella sabía.

Cuando Akira me contaba historias así, lo legál era hacérsele cerca de la boca y ver a lo que olía, a lo que

olía cuando taponiaba a alguno. Y después cuando corría o cuando no corría, cuando se quedaba quieto. Que venía la policía? que aquí valía picha la policía.

Me enseñó a hacerme bien el nudo de la corbata. Se vestía de oscuro, sacos corticos para que se le vieran bien las nalgas, que las tenía paradas. Y corbatín, y la gente le decía japonesito, se le burlaban en la cara, y Akira esperaba, pedía otra cerveza y conversaba conmigo, y esperaba.

Llegábamos a La Ermita y allí por lo general nos quedábamos un rato. Y decidíamos meternos a cine. Y Akira sí se enloquecía con el cine. Y cuando salíamos le gustaba recibir el viento en la cara, subir por la carrera Quinta hasta San Antonio, a buscar dónde es que nace el viento.

Es buena la gente de por acá de San Antonio, me decía.

Es el barrio más viejo de Cali, le decía yo, contemplando la ciudad.

O de La Ermita subíamos a la Quince de una. Entrábamos a todos los griles. Seguro habíamos comenzado en el Rodolfo, donde nos conocían y nos atendían bien. Seguro íbamos terminando en el Molino Rojo, donde también nos conocían. Pero Akira no tenía amigos. En el Rodolfo oíamos una ó dos canciones y salíamos. Más arriba quedaban el Palacio y Natalí. Entrar a Natalí era asunto de cuidado. La primera vez yo sentí que algo iba a pasar, seguro por la música. Sonaba Agúzate de Ricardo Ray. Pero me gustaba, me gustaba que fuera ensordecedor porque me hacía recordar mi infancia sin ponerme triste. Y las mujeres bailando, moviéndose, echando las barrigas pallá y pacá. Nos gustaba hacernos en un rincón, desde donde pudiéramos ver todas las mesas, no importa que quedáramos lejos de la salida. Por lo regular ganábamos la salida con facilidad, cuando los tropeles.

Chinitos como éstos son los que me gustan a mí. A mí que estuve en Corea.

Era primera vez que yo salía así de noche. Seguro lo hacía para no pensar tanto en mi mamá. O por joder a mis tíos, yo los oía conversar de mí cuando llegaba. Pero nunca me pararon en las puertas, todos los porteros me respetaban. Y no es que tenga cara de viejo, al contrario, a cual más todavía me vé y me dice pelado. A Akira le gustaba ver bailar a las mujeres gordas, las barrigas. La primera vez que azotamos gente en el Natalí fué por culpa de un mancito alto y muelón, y dándoselas de tieso, que dizque había peliado en Corea y le tenía ley a todo japonés y a todo chino, que a la larga venían a ser lo mismo.

Aquí estamos en Colombia, esto no es pa chinos.

Yo lo que hacía era imaginarme cómo se vería Akira desde donde estaba el mancito. Sería que nunca advertían nada, nada especial en la boca, en la forma de saboriar la cerveza? O es que la gente no es capaz de distinguir? Porque yo cuando me enfrento a una pinta tiesa ya lo voy sabiendo, se les vé en la cara, en la forma de coger, de tocar las cosas. Sería que no veían los ojos de Akira, aquél reposo ante sus insultos, la forma de agarrar el vaso? La suavidad, la certeza de sus maneras? No, no lo veían. Porque cuando éste ya estaba bien borracho y bien puto, esa rabia que aumenta tan rápido cuando el que insulta insulta e insulta y no recibe respuesta, se paró de su mesa y vino donde nosotros, tratando de caminar recto. Yo ví cuando se le acercó a Akira y abrió la boca, y las manos de Akira que se le metieron en la boca, los dedos perdidos en la garganta, agarrados de no sé qué, de no sé dónde. Luego sus dedos jalaron primero para arriba y después hacia cada lado, y el hombre torció los ojos y cayó al suelo.

Había ocasiones en las que yo me quedaba quieto, nada más mirándolo. Como cuando la noche de Picapiedra, que primero se nos fueron siete y a los siete los azotamos. Y luego alguien que nos dijo piérdanse que llegó la policía. Ah sí? Pues que vengan. Aquí vale picha la policía.

Es que le digo una cosa, mano? Matar a una persona es fácil. Hagamos de cuenta que usted está aquí, a 2 metros, y me ataca. Yo lo puedo cascar en serio de, voy a decirle, 7 maneras. Suponga que se me tira a la cara. Yo lo agarro del brazo y lo volteo de espaldas en un sólo movimiento, fracturándole codo y antebrazo. No le digo mentiras. Y si quiero, le subo el brazo hasta la nuca, zafándole las vértebras cervicales. Claro que se necesita un movimiento fuerte, seco, seguro, pero no más de un movimiento. Allí puedo golpiarlo arriba, en la cabeza, con los nudillos, tóqueme los nudillos. O con los dedos corazones debajo de las orejas, tóquese y verá que tiene como un punto allí muy sensible, cierto? Un buen golpe dado allí y le dejo el cerebro como una lechuga. Claro que antes puedo haberle dado golpe en la quijada, que dado en forma, donde es, le subo los dientes superiores hasta que se le entierren en el coco. Si le doy con el dorso de la mano debajo de la nariz hago lo mismo, pero más fácil, más fijo, y menos doloroso. O supongamos que una vez que le he fracturado el brazo y las vértebras cervicales, le suelto el brazo y usted, claro, se me cae, y yo antes de que toque el suelo le asesto golpe seco en la nuca. Y ai queda. También puedo cascarlo feo dándole en el esternón, metiéndole los dedos donde terminan las costillas, agarrar bien y jalar duro: le arranco íntegra la caja toráxica. Un golpe bien dado en cierto punto del talón es muerte instantánea, porque sube un corrientazo brutal al coco, pero esa parada aún no la he aprendido a terminar bien. Quiere que le dé un consejo, mano?

Cuando se enfrente a un man bien tieso haga lo posible por evitar el golpe. Es preferible que le hagan dar 3 vueltas a que lo golpeen. Los mancitos que andan por allí de braveros, dándose totes a cada rato, no saben golpiar. Pero un golpe bien dado es fátal. Fátal. Si el man es tieso como le digo (a los manes tiesos uno los conoce) , no se deje golpiar por nada del mundo. Hágase lejos del hombre. O corra. No se meta. Si es que no puede responder, más vale que tire pacifismo. Y eso que todavía no le he hablado de las piernas, de cómo Akira me enseñó a usar las piernas. Mire, supongamos que carga usted revólver, que me ataca. Si se me acerca hasta metro y medio, yo tengo las de ganar. Hasta a 2 metros hay chico de tumbárselo, y luego darle duro. Ya a más de 2 metros es arriesgado, no olvide que es cuestión de moverse más rápido que el dedo suyo, para qué, el revólver es cosa seria. Cuchillo? Bueno, yo he conocido manes que eran tenaces con el cuchillo, este muchacho Aurelio Zúñiga, lo conoce? Supongamos que tiene cuchillo, y que se me acerca. O no, que se me tira de una. Siempre tiran al estómago o al cuello. Pero también tiran a las ingles. Lo más chévere es pararlos con la pata. Darles en la frente. Es tan fácil. Usted es chiquito, a los chiquitos es mucho más fácil. O supongamos que el que me ataca es un gringo, que los gringos son altos, la otra vez le dí a uno de metro con noventa. Fué que se agachó como 15 centímetros cuando se me fué encima. Lo paré con golpe en la frente, lo más chévere es verles los ojos que no se tuercen sino que lo negro se les pone blanco, seguro. Y caen de abajo para arriba, plaf. Suponga que usted está a 3 metros, y que tiene cuchillo. Y me ataca de un momento a otro. Dando impulso de 2 pasos le puedo dibujar golpe en la frente. Salto un promedio de 1 con 65, hay veces más, todo depende. Y golpe en la frente es fátal, fijo. Ya más de 1 con 80 no sé,

puede que lo deje seco, puede que lo atonte apenas. Mientras más haya que saltar menos duro se pega. Usted mide cuánto, más o menos 1 con 65? Buuuuuuuuuuuuuuuuu, a usted lo puedo matar cuando quiera. Es tan fácil. Hasta dando un paso de impulso. Un paso bien dado, claro: largo, sin necesidad de calcular mucho. Pura cuestión de reflejos. Facilito.

ES QUE NO QUIERO HABLAR DE MIS AMIGOS IDOS, DE MIS AMIGOS MUERTOS. Que después de aquella semana nefasta, que nos la pasamos viendo un festival de películas japonesas, todas con Toshiro Mifune, a Akira le entró la nostalgia de su tierra y me dijo que se iba para Buenaventura a olvidarse un tiempo, a ver qué se veía por allá. Yo no sé si él partió con la intención de llegar allá y matarse, o fué cosa de ver otra vez el mar. Yo me despedí de él, le dije bueno, por aquí me quedo dándole a la gente. Me dijo que me cuidara, y yo claro que me cuido.

A la semana fué que me llegó la botella, y adentro la foto. Akira doblado, la cara no se le veía, apretando duro el sable, un borrón en los hombros, un manchón blanco, mal tomada la foto. Una que otra arruga en el estómago que se dobla, uno que otro chorrito de sangre saliendo ya. Se habrá sentido allá muy triste con el mar? Que llegó y lo confundió todo ese olor del que tanto me hablaba, olor de noche negra y de arena, sabía yo cómo eran las noches negras? Tan negra que uno no puede verse la mano a pocos centímetros de la cara. Una noche así él podía soportarla si había el olor. Porque Akira Nagasaka, además del mar, sabía muchas cosas sobre la noche, pues la noche es hermana del mar. Pero bueno, eso ya es historia pa otro cuento.

Yo rompí la foto. Seguro puso a funcionar el disparador automático, contó hasta 3 y se metió el sable. Quién me habrá mandado la botella? La rompí porque me dió

rabia. Y allí mismo me dije que nunca más me ponía a andar con amigos, otros amigos me han dejado ya. De ahora en adelante solo como un cuervo.

Y mis tíos jodiéndome, y dándome comida mala. Yo salía cerrando la puerta pasitico, que no tuvieran el gusto de verme bravo. Y como vivía en barrio de ricos, no era sino darle la vuelta a la manzana y encontrarme un gringo o un tonto a quien darle. Luego me encerraba a estudiar. Que ahora quiero sacar las mejores calificaciones de los cuatro sextos. Para que ella me vea en los periódicos y piense en mí. Porque estoy tirando a ganar el concurso de Mejores Bachilleres Coltejer.

Quién sabe a dónde irá a parar todo esto.

Porque ahora, con la administración de este Presidente joven, la policía se ha estado metiendo tanto en todo que ya uno ni puede andar por allí tranquilo porque papeles, y si le ven cara de tonto lo taponean y después lo encanan. Hay que ponerle cuidado a eso, ver a tanto policía a uno lo pone muy mosca. No hay caso, uno puede salir de cine y ponerse a pensar en los amigos idos, en los amigos muertos, y ponerse triste y todo eso, pero lo que digo yo: ahora con qué tiempo. Cómo va a ponerse triste uno si la policía no lo deja? Yo estoy por la onda de la popularidad. Volverse popular sin necesidad de meterse de cantante, eso fué lo que siempre me enseñó mi madre. Que la gente chévere lo vea venir a uno y que digan allá viene, caminando de frescura, y se expresa con el fuego. Saltamontes. Que si aquí en Cali arman chichonera, yo hago casi todos los chichones. Que me la paso por allí voltiando. Trotacalles. Que si me invitan, entre salsa y salsa a meter, yo meto. Y todo torci armo gallada para que vamos, otra vez, a quebrarles los vidrios a los ricos, a Santa Rita, Santa Mónica, Arboleda, y los que se han ido a vivir por allá por Pance, los que están acabando con el campo y destruyendo charcos: Ciudad Jardín, La María, Normandía, que nos echan bala y nos vamos, como siempre, dando saltos, contentos. Que le dije mentiroso al profesor de Literatura, te espero a la salida, y que casi que me echan. Pero los manes de la clase armaron lío, suspendieron clases, gritaron en las calles, primaria, todo el colegio, así qué lo van a echar a uno. Que me pongo la pinta y mis tíos me dicen con qué ropa anda, y yo no les digo nada, voy por los amigos a que tiremos ritmo. Y me meto a cine, solitario, y si no me gusta la película me paro y quiebro asientos, grité cosas en El mundo de los Aventureros, y viene un mancito con linterna a decirme que dizque joven, sálgase, y yo que me sacara, y me sacaron entre ocho. Que dése cuenta que me conocen en San Fercho, por la Quince para arriba, en Siloé, en la Villa, y todo el mundo me saluda, y si la tropa me persigue todas las puertas se me abren. Y pueden tumbar la puerta que no me encuentran nunca. El 26 de Febrero prendimos la ciudad de la Quince para arriba, la tropa en todas partes, ví matar muchachos a bala, niñas a bolillo, a Guillermito Tejada lo mataron a culata, eso no se olvida. Que dí piedra y me contestaron con metralla. Que cuando hubo que correr corrí como nadie en Cali. Que no hay caso, mi conciencia es la tranquilidad en pasta, por eso soy yo el que siempre tira la primera piedra.

1971

**La edición de este libro fué posible gracias
a la iniciativa de Nellie Estela de Caicedo,
en el aniversario Nº 24 del nacimiento de su hijo.**

El tiempo pasó en el sentido que quiso nuestro amor. De esa fiesta salimos cogidos de la mano, y empezamos a vernos todos los días, y yo le fui llenando la cabeza de cucarachas como Nietzche y Rousseau, y por miles de argumentos la fui llevando a una conclusión sencilla: que la única manera de salvarnos sería trascendiendo en algo. Un día me salió con que le provocaría escribir versos, pero yo le espanté la idea como si fuese un enjambre de moscas: "La poesía es una profesión decadente", y ella me creyó. Y le ponía cara de moribundo siempre que la miraba a los ojos, y ella apuesto que pensaba: "Lo que haría para hacerte feliz ¡¡", y en los cines me le pegaba mucho o suspiraba cada vez que había un pasaje de maternidad, y ella salía conmovida toda, aún sin decirme nada pero ya pensando en la idea de que la única manera de trascender sería quedando preñada y pariendo un hijo.

Lo que la decidió fue precisamente la muerte de Ignacio Moreira, que tuvo una discusión con sus papás, subió corriendo las escaleras y se dio un tiro en la cabeza. Ella vivía al frente, conocía a Ignacio desde chiquito, oyó el disparo, el chapoteo: estuve, pues, de buenas.

Conseguí que me prestaran la finca de la Carretera al Mar, lugar que yo había escogido para que se diera la concepción. Con nosotros subieron varios amigos, pero casi nunca nos mezclábamos. Los días amanecían oscuros y la niebla bajaba temprano, y ella se llenaba de añoranzas y de melancolías, lo que, curiosamente, no le producía impavidez sino movimiento. Caminábamos horas, acercándonos cada vez más al filo de las montañas. Ella resistía el empinadísimo camino sin una queja.

Mi día vino claro, de visibilidad profunda. Nos levantamos con el sol y empezamos a subir, dispuestos a llegar esta vez hasta la cumbre. Los guayabos y los lecheros viraban en múltiples tonos verdes a cada paso que ganábamos, y los pájaros cantaban "pichajué-pichajué", y todo eso me llegaba como puro presagio y signo de fertilidad. Hacia las dos de la tarde salvamos la última pendiente de piedras blancas y tuvimos, repentinísimamente, una enloquecedora visión del mar, a miles y miles de kilómetros. El frío de la montaña y el ardor que se contemplaba allá en el mar la llevó a abrazarme, y yo le respondí mejor que nunca. Descubrí sus senos con valentía, chupé su pelo, rasgué con su sangre el pasto yaraguá, pude sentir cómo sus complicadas entrañas se abrían para darle paso, cabida y fermento a mi espermatozoide sano y cabezón que daría, con los años, testigo de mi existencia. No creo que ella gozó.

Nos casamos al escondido, toque muy aristocrático para familias como la suya y la mía. Fuimos el matrimonio más joven de la sociedad caleña y salimos mucho en el periódico y la gente nos miraba y nos hicieron muchas fiestas y nosotros respondíamos a todas con actitud calladita y mayor, reflexionando siempre. Con alegría entramos a Sexto de bachillerato, comparando y acariciando nuestros libros de texto. A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió Sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en el que después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi hijo. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre. Fui toda una celebridad en el colegio, padre a los 16 años. Ella no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugadas en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas, con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco volver al colegio. Le perdió interés a todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo deber ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona. Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa, y se demoró en regresar. Hizo amistades nuevas, jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos y pelo y frente eran de ella.

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho. Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abrió los ojos y me miró, perpleja. Yo le sonreí. Creo que le inyecté medio gramo, en empujaditas leves. Ella hizo caras y risitas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis orgasmos. Luego se levantó y comenzó a saltar por toda la casa, puso el stereo a todo volumen y a mí no me importó que despertara a Augusto. Yo reí con ella.

Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San Agustín, con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera o que reciba allá su merecido. Yo he terminado Sexto con todos los honores, leo Comics y espero con mi hijo una mejor época.

F I N

IMPRESO EN OFFSETT • EDITORIAL MERCEDES • Aptdo. Aéreo 9731 • Cali • Colombia

Recién cumplidos los 19 años, Andrés Caicedo ganó un segundo premio en el concurso latinoamericano de cuento organizado por la revista **Imagen**, de Caracas, y aunque ya tenía en su haber distinciones nacionales y una media docena de piezas dirigidas por él mismo, su caso era, indudablemente, un espejismo. Pues ¿cómo podría este jovencito inseguro, un tanto ridículo y a la vez pagado de sí mismo, escribir textos sobre mínimos problemas de adolescencia que tuvieran significancia internacional?

Ya empezaba él a darse cuenta que el ejercicio de la precocidad terminaría por ser auto-destructivo, pues si Patrick, el mayor y único hombre de la familia Bronté, escribió cerca de quince mil páginas entre los 9 y los 15 años, ¿cómo pretender que el producto de ese esfuerzo tuviera la madurez y la perspectiva necesaria para ocupar un lugar en la historia de la literatura? "Bastan 3 años para que un niño prodigio se convierta en un borracho", escribió Malcolm Lowry, y cuando Caicedo acometió la imposible labor de adaptar al teatro **Moby Dick**, **Arthur Gordon Pym** y Harold Pinter en un mismo espectáculo de más de dos horas, iba comprendiendo ya que su destino podría concluír en la mismas ascuas. Exhibía con orgullo suicida una imposibilidad total para integrarse a toda clase de grupo, movimiento o conventillo cultural, convencido de que lo único necesario era el esfuerzo personal. Pero éste, claro está, no podría prolongarse en soledad, mucho menos cuando iban apareciendo intereses diversos (como la crítica de cine, que inició en 1969 y fue haciéndose más ambiciosa hasta ser el germen de la formación de **Ojo al Cine**, la única revista especializada —y sin financiación— que se edita en Colombia) que disiparon el interés literario central.

Y, cuando de la vida se imaginaba todo menos que algún día llegara a cumplir los 21 años, recibió la cédula de ciudadanía (habiendo cometido ya la loca empresa de tratar de vender guiones en Hollywood) y un primer premio en el archiconocido concurso nacional de cuento de la Universidad Externado de Colombia, lo que le ayudó, asimismo, para firmar contrato con una editorial mexicana que hasta ahora (en una jugada más de la falta de influencias dentro del mundillo) no cumple con la letra impresa, aunque sí con los dólares de cuota inicial.

El cuento largo o novela corta que el lector tiene entre manos, forma parte de un libro más extenso subtitulado **Historias para Jovencitos**, y el autor se decidió a publicarlo (frustrando un tanto su sueño de debutar con un libro de 500 páginas) porque el clima del trópico ya lo estaba pudriendo. Ojalá que este texto sea leído en los recreos, en voz alta pero en la clandestinidad del grupo selecto, y que sea de utilidad para los jóvenes con aspiración a delincuente, y para aquellos que mueren lentamente al paso de la congoja implacable de los domingos, raza particular que Luis Britto García definió así, refiriéndose al mundo imaginativo de Caicedo: "Anclados en una aterida adolescencia, o en un amor contrariado, o en un desacuerdo con el medio, renuncian a curar, a avanzar hacia esa aceptación de las derrotas que se llama madurez, y se enquistan en una edad o en una fábula o en un gesto determinados, con el orgullo de Dios, el único ser que puede proclamarse inafectado por el tiempo. Algunos de estos personajes, empeñados en la contemplación de heridas que no sanan, nos despiertan la desazón de que acaso no estamos curados. De que quizá sangraremos hasta la muerte, y después de ella".

Palabras que por cierto no vienen a hacer más amable la suerte del autor, ahora que su trágica defenestración y descorazonamiento nos dejan sin respuesta la cantidad de preguntas que teníamos para hacerle.

Jaime Manrique Ardila.